

# LA MARIQUITA

## D.H. LAWRENCE



TÍTULO ORIGINAL: THE LADYBIRD

© Marjinalia Bilduma

© Traducción: Xabier Galarreta

1998. urtea (iraila)

Lege-Gordailua: SS-270/99

¡Cuántas espadas tenía Lady Beveridge atravesadas en su corazón! Sin embargo, siempre parecía haber sitio para otra más. Ya que había decidido que nunca en su interior se apagarían la piedad y la bondad. Si no hubiera sido por esa decisión ella misma podría haber muerto de pura agonía, en los años 1916 y 1917, cuando mataron a sus hijos, y a su hermano, y la muerte parecía blandir su inmensa guadaña entre los suyos. Pero olvidémosnos de ello.

Lady Beveridge amaba la humanidad, y sucediera lo que sucediese, continuaría amándola. Más aún, en un sentido humano, hubiera amado a sus propios enemigos. No a los criminales de entre el enemigo, los hombres que cometieron atrocidades. Sino los hombres convertidos en enemigo sin que hubieran podido hacer nada por evitarlo. Se veía impelida a rechazar el odio generalizado.

Alguien se había referido a ella como «el alma de Inglaterra». Y no andaba errado, aun cuando era medio irlandesa. Pero de una antigua, aristocrática y leal familia famosa por sus brillantes hombres. Y ella, Lady Beveridge, tuvo durante muchos años más influencia en la tendencia de la política inglesa que ningún otro ser vivo. Íntima amiga de los líderes en la Cámara de los Lores y en el Consejo de Ministros, se contentaba con que los hombres actuasen, con tal que respirasen de ella como de la rosa de la vida se respira la pura fragancia de la verdad y del amor genuino. No tenía recelo alguno con respecto a su propio espíritu.

Ella nunca arriaría su delicada bandera de seda. Por ejemplo, durante toda la agonía de la guerra nunca se olvidó de los prisioneros enemigos; estaba resuelta a hacer cuanto

podiera por ellos. Durante los primeros años aún tuvo influencia. Pero durante los últimos años de la guerra el poder se desvaneció de sus manos y de su ámbito, y se encontró con que ya no podía hacer nada más: prácticamente nada. Entonces pareció como si innumerables espadas hubieran hallado morada en el corazón de esta pequeña, inflexible Mater Dolorosa. La nueva generación se mofaba de ella. Era una pequeña aristócrata raída, desfasada, y su guardarropa estaba pasado de moda.

Pero estamos anticipándonos. Los años 1916 y 1917 fueron los años en los que el viejo espíritu murió para siempre en Inglaterra. Aunque Lady Beveridge continuó luchando, estaba siendo derrotada.

Sucedió en el invierno de 1917 — o a finales de otoño. Durante quince días había estado enferma, postrada, paralizada por la terrible muerte de su hijo más joven. Sintió que iba a sucumbir, y morir. Y entonces recordó cuántos otros yacían en su agonía.

Así que se levantó, frágil, para hacer una visita al hospital a donde eran llevados los enemigos enfermos o heridos, cerca de Londres. La condesa Beveridge era todavía una mujer privilegiada. La sociedad comenzaba a mofarse de su título, pájaro desgastado de una rectitud y estética anticuadas. Pero no se atrevían a pensar mal de ella.

Ordenó le trajeran el coche y partió sola. El conde, su marido, se había llevado a Escocia su melancolía. Así, en una soleada, pálida mañana de Noviembre, Lady Beveridge se llegó hasta el hospital, en Hurst Place. El guardia la conocía, y la saludó cuando pasó ante él. ¡Ah, estaba habituada a esa profunda deferencia! Fue extraño que sintiera tanta amargura, cuando esa deferencia tomó un cariz más frívolo. Pero así le ocurrió. Y fue el comienzo del fin para

ella.

La enfermera jefe la acompañó hasta el pabellón. ¡Ay, todas las camas estaban ocupadas, y había hombres yaciendo incluso en jergones colocados en el suelo. Se respiraba desesperación, total tristeza y desamparo: como si nadie quisiera emitir un sonido o pronunciar una palabra.

La mayoría de los hombres estaban ojerosos y sin afeitarse, uno deliraba, y hablaba espasmódicamente en el dialecto sajón. Todo ello conmovió el corazón de Lady Beveridge. Había sido educada en Dresde, e hizo muy buenas amistades en la ciudad. Sus hijos también fueron educados allí. Escuchaba con dolor el dialecto sajón.

Era una mujer pequeña, delicada y parecida a un pájaro, elegante, pero con ese toque de literata propio de los noventa y que resultaba inconfundible. Revoloteaba delicadamente de un camastro a otro, hablando en perfecto alemán, pero con una ligera entonación inglesa: y preguntando siempre si había algo que ella pudiera hacer. Los hombres eran mayormente oficiales y nobles. Le hacían pequeñas peticiones que ella anotaba en un bloc. Su rostro alargado, pálido y más bien demacrado, y con sus ralos y nerviosos gestos inspiraban de algún modo confianza.

Un hombre yacía completamente inmóvil, con los ojos cerrados. Tenía una barba oscura. Su cara era pequeña y cetrina. Bien podía estar muerto. Lady Beveridge le miró con seriedad, y su rostro reflejó un leve temor.

«¡Cómo, el conde Dionys!» exclamó, llena de agitación. «¿Está dormido?»

Era el conde Johann Dionys Psanek, de Bohemia. Le había conocido cuando era un muchacho, y hacía poco, en la primavera de 1914, él y su esposa habían pasado juntos unos días con Lady Beveridge en su casa de campo, en

Leicestershire.

Sus ojos negros se abrieron: unos ojos grandes, negros, invisibles, con negras pestañas curvas. Era de baja estatura, bajito como un muchacho, y su rostro también era bastante pequeño. Pero todas sus líneas eran finas, como si hubieran sido encendidas con una energía intensa y viril. Ahora la amarillenta y morena tez de su cuerpo parecía inerte, y las finas y negras cejas daban la impresión de estar dibujadas en el rostro de un muerto. Sus ojos, sin embargo, estaban vivos: pero vivos y nada más, invisibles e irreconocibles.

«¿Me reconoce, conde Dionys?» «¿Sabe quién soy, verdad?», dijo Lady Beveridge, inclinándose sobre la cama.

Por un tiempo no hubo respuesta alguna. Luego, en sus ojos negros brilló una mirada de reconocimiento, y sobrevino el fantasma de una educada sonrisa.

«Lady Beveridge». Los labios daban forma a las palabras. No hubo prácticamente ningún sonido.

«Estoy tan contenta de que pueda reconocerme. Y siento tanto que esté herido. Estoy tan apenada.»

Los ojos negros la miraron desde el terrible distanciamiento de la muerte, sin alterarse.

«Hay algo que pueda hacer por usted?» ¿Alguna cosa?» dijo, hablando siempre en alemán.

Y luego de un tiempo, y desde la distancia, llegó la respuesta por medio de sus ojos, una mirada de cansancio, de negativa, y un deseo de que le dejaran a solas; era incapaz de esforzarse en recobrar la consciencia. Sus párpados cayeron.

«Lo siento tanto», dijo ella. «Si acaso pudiera hacer algo—».

Los ojos se abrieron otra vez, mirándola. Al fin parecía que oía, y era como si sus ojos hicieran el último y

agotador gesto de una cortés reverencia. Luego, lentamente, sus párpados volvieron a cerrarse.

La pobre Lady Beveridge sintió otra estocada de amargura en su corazón, mientras permanecía mirando fijamente al rostro inmóvil, y a la fina barba oscura.

Sus negros cabellos destacaban sobre la piel tenue y fina, como si ambos estuvieran separados. Tenía un pequeño rostro singular, sombrío, de aborigen, con una pequeña y fina nariz: no era un ario, seguramente. E iba a morir.

Tenía una bala en la parte superior del pecho, y otra bala había roto una de sus costillas. Llevaba cinco días en el hospital.

Lady Beveridge pidió a la enfermera jefe que la llamara si algo ocurría. Y se marchó, llena de tristeza. En lugar de ir a Beveridge House, fue a casa de su hija, cerca del parque, cerca de Hyde Park. Lady Daphne era pobre. Se había casado con un plebeyo, hijo de uno de los políticos más famosos de Inglaterra, pero era un hombre sin fortuna. Y lord Beveridge había gastado la mayor parte de la fortuna que le correspondía, de manera que la hija tenía muy poco dinero, comparativamente.

Lady Beveridge sufría, cada vez que traspasaba el estrecho umbral del horroroso piso. Lady Daphne estaba sentada junto a la estufa eléctrica en el pequeño salón de color amarillo, conversando con una visita. Se levantó en seguida, al ver a su pequeña madre.

«Pero, madre, ¿tenías que salir? Creía que no.»

«Pues sí, querida Daphne. Claro que debía salir.»

«¿Qué tal estás?» La voz de la hija era reposada y sonora, protectora, triste. Lady Daphne era alta; sólo tenía veinticinco años. Había sido toda una belleza, cuando estalló la guerra, y su padre pensó que encontraría un buen partido.

De hecho, su matrimonio era famoso: pero sin dinero. Ahora, el pesar, el dolor, la pasión frustrada le habían producido un gran daño. Su marido estaba extraviado en el este. Su hijo nació muerto. Sus dos queridos hermanos estaban muertos. Y ella se hallaba enferma, como siempre.

Muchacha alta, de gran hermosura, tenía la misma imponente altura que su padre. Sus hombros siempre permanecían rectos. ¡Pero qué fina era su blanca garganta! Vestía un simple vestido negro de costura con lana de color en la parte superior, y sujeto con un cinturón suelto de colores: esos eran todos los ornamentos. Y su cara era maravillosa, bellísima, con una ligera tez pálida y exótica y delicadas mejillas sonrosadas. Tenía un pelo suave y pesado, de un delicioso color oro pálido, rubio cenizo. Su cabello, su cutis estaban tan perfectamente cuidados que casi parecían artificiales, como un invernáculo floral.

Pero, ay, su belleza era un fracaso. La amenazaba la tisis, y estaba demasiado delgada. Sus ojos eran su parte más triste. Tenía ligeras ojeras enrojecidas, venas deterioradas, con pesados párpados veteados que parecía como si no quisiera conservar. Los mismos ojos eran grandes y de un hermoso color azul y verde. Pero eran abultados, lánguidos, casi glaucos.

De pie, como estaba, era una mujer alta y bien hecha, que miraba cabizbaja a su madre con afeccionada solicitud, y un corazón lleno de cenizas. La chiquita y patética madre, a su espléndida manera, desde luego no inspiraba lástima, a pesar de todo su dolor. Su vida consistía en ese dolor, y en sus esfuerzos en nombre del dolor de los demás. Pero Daphne no había nacido para el pesar y la filantropía. Con su espléndida figura, y sus maravillosas, largas y vigorosas piernas, era Artemis o Atalanta más que Daphne. Había una

cierta anchura de frente e incluso de mentón que revelaban una naturaleza fuerte, temeraria, y curiosamente, la muy turbadora inclinación de sus ojos hablaban de una salvaje energía maldita en su interior.

Eso es lo que la afligía: su propia energía salvaje. Le venía del padre, y de la desesperada estirpe paterna. La estirpe tenía su origen en un alborotado, atrevido y fronterizo militar, y era la sangre de éste la que fluía por sus venas. Y, ay, ¿qué podía hacer ella?

Daphne se había casado con un marido adorable: un marido realmente adorable. Visto que necesitaba de un temerario. Pero en su fuero interno ella odiaba a todos los temerarios: su madre la había educado para que admirase únicamente lo bueno.

Así, su temeraria, antifilantrópica pasión no podría encontrar —y no encontraría una salida, pensaba. De manera que su propia sangre se volvió contra ella, golpeándola en sus propios nervios, y la destrozó. No fue sino frustración e ira lo que la hizo enfermar, y temer a los médicos si ello no la consumiría. Allí estaba, dibujado en su amplia boca: frustración, ira, amargura. Lo mismo que reflejaban sus ojos verde-azulados, una mirada oblicua, desviada: la misma ira revolviéndose furtivamente contra sí misma. Esa ira enrojecía sus ojos y hacía añicos sus nervios. Y aún toda su voluntad estaba fija en adoptar el mismo credo de su madre, y en condenar su bello, orgulloso y brutal padre, que tanta miseria había traído a su familia. Sí, su voluntad giraba en torno a una vida que debía ser amable o buena y benevolente. Por cuanto que su sangre era temeraria, la sangre de los temerarios. Su voluntad era la mas fuerte de los dos. Pero su sangre se vengaba de ella. Así sucede hoy día con las naturalezas vigorosas: destrozadas desde dentro.



«¿No tienes noticias, querida?» preguntó su madre.

«No. Mi suegro ha sabido que algunos prisioneros británicos han sido trasladados a Hasrun, y los detalles serán enviados por los turcos. Y había también un rumor acerca de unos prisioneros árabes, que afirmaban que Basil era uno de los británicos que había llegado herido.»

«¿Cuándo has oído eso?»

«Primrose ha venido esta mañana».

«Entonces, aún queda una esperanza, cariño».

«Sí».

Nunca hubo nada más sombrío y amargo que la afirmación de esperanza de Daphne. La esperanza se había convertido para ella en casi una maldición. Deseaba que no hubiese sido necesario nada de ello. Ah, el tormento de la esperanza, y el *insulto* al alma misma. Como la importuna viuda apremiada a causa de sus soledades. ¿Por qué no podía ser sencillamente un desastre sin más, y haber acabado ya con ello? Ese perder el tiempo desesperándose era peor que la misma desesperación. Había esperado tanto: oh, por sus queridos hermanos había aguardado con tanta angustia. Y los dos a quienes tanto había querido estaban muertos. Ahí estaban todos los otros para quienes también había guardado una esperanza, muertos. Sólo esa incertidumbre hacia su marido permanecía viva.

«¿Te sientes mejor, cariño?» dijo la pequeña, inapagable madre.

«Bastante bien,» fue la resentida respuesta.

«¿Y la noche?»

«No mucho peor.»

Hubo una pausa.

«¿Vas a venir a comer conmigo, Daphne, querida?»

«No, mamá. He prometido ir a comer a casa de los

Howard con Primrose. Pero no tengo que ir hasta dentro de un cuarto de hora. Siéntate.»

Las dos mujeres se sentaron junto a la estufa eléctrica. Se sucedió una pausa amarga, sin que ninguna de las dos supiera qué decir. Luego Daphne se animó a mirar a su madre.

«¿Estás segura de que estás bien como para salir a la calle?» dijo. «¿Qué te ha hecho salir de casa tan de repente?»

«Fui a Hurst Place, querida. No podía dejar de acordarme de esos hombres, luego del modo en que se habían expresado los periódicos.»

«¡Por qué lees los periódicos!» estalló Daphne, con una cierta ira ardiente, ácida. «Bueno,» dijo, más calmada. «¿Y te sientes mejor ahora que has estallo allí?»

«Mucha gente sufre justo al lado nuestro, querida.»

«Ya lo sé. Aún hace peor las cosas. No me preocuparía si solamente se tratase de nosotras. O, mejor dicho, me preocuparía pero podría llevarlo un poco mejor. Ser justamente una multitud es un único estado.»

«Oh, aún peor que eso, querida.»

«¡Oh, por lo menos! Y cuanto peor es para todos, peor es para uno mismo.»

«¿Tú crees, querida? Trata de no ser tan pesimista. Pienso que si puedo dar un poco de mí misma para ayudar a los otros —ya sabes—, ello me alivia. Pienso que lo que puedo hacer por esos hombres que yacen allí, Daphne, lo haría por mis propios hijos. Ahora ya sólo puedo ayudarles ayudando a los otros. Pero al menos aún puedo hacer eso, Daphne, hija mía.»

Y la madre puso su blanca y pequeña mano sobre la blanca y fría mano de su hija. Las lágrimas brotaron de los ojos de Daphne, y en su boca se dibujó una mueca terrible y

pétreo.

«Es tan extraordinario que puedas sentir así,» dijo.

«Pero tú también sientes lo mismo. Yo sé que es así.»

«No, yo no. Cada vez que he visto a alguien sufriendo ese tremendo dolor, me ha hecho desear el fin del mundo. Y veo claramente que no es el fin del mundo—».

«Pero será mucho mejor, cariño. Esta época es como una colosal enfermedad — como una terrible pulmonía desgarrando el pecho del mundo.»

«¿Crees de veras que será mejor? Yo no.»

«Claro que va a ser mejor. Naturalmente que sí. Es perverso pensar de otra manera, Daphne. Recuerda lo que hubo antes, incluso en Europa. Ah, Daphne, hay que tener una mayor perspectiva.»

«Sí, supongo que es así.»

La hija hablaba rápidamente, con los labios, en un tono resonante, monótono. La madre hablaba con el corazón.

«Y Daphne, me he encontrado con un viejo amigo entre los hombres de Hurst Place.»

«¿Con quién?»

«Con el joven conde Dionys. ¿Te acuerdas de él?»

«Claro. ¿Qué le ha ocurrido?»

«Está bastante malherido — En el pecho. Está muy mal.»

«¿Has hablado con él?»

«Sí. Le he reconocido a pesar de la barba.»

«¡Barba!»

«Sí — una barba negra. Supongo que no podía afeitarse. Parece un milagro que siga vivo. Pobre hombre.»

«¿Por qué un milagro? No es viejo. ¿Cuántos años

tiene?»

«Entre treinta y cuarenta. Pero está tan enfermo, tan malherido, Daphne. Y es tan bajito. Tan pequeño, tan cetrino — *smorto*, ya conoces la palabra italiana. El modo en que la gente sombría acostumbra a mirar. Hay algo tan doloroso en él.»

«¿Parece aún tan insignificante — misterioso?» preguntó la hija.

«No, misterioso no. Tiene algo del terrible distanciamiento del niño que está muy enfermo y que no puede decirte qué es lo que le duele. Pobre conde Dionys, Daphne. No sabía, querida, que sus ojos fueran tan negros, y sus pestañas tan curvadas y alargadas. Nunca me paré a pensar en su belleza.»

«Yo tampoco. Sólo me parece un poco cómico. Un hombre tan pequeño y apuesto.»

«Sí. Y a pesar de todo, Daphne, hay algo remoto y, en un penoso sentido, heroico en su oscuro rostro. Algo primitivo.»

«¿Qué te ha dicho?»

«No podía hablar. Sólo movió los labios, justo para pronunciar mi nombre.»

«¿Tan mal está?»

«Oh, sí. Temen que vaya a morir.»

«Pobre conde Dionys. Me agradaba. Era casi como un mono, pero tenía sus cualidades. Me regaló un dedal cuando cumplí diecisiete años. Era un dedal muy original.»

«Lo recuerdo, cariño.»

«Su esposa, sin embargo, era desagradable. Me pregunto si le importará morir lejos de ella. Y si ella lo sabe.»

«Creo que no. En el hospital ni siquiera saben cuál es su nombre correcto. Sólo que era un coronel de tal y cual

regimiento.»

«Cuarto de Caballería,» dijo Daphne. «Pobre conde Dionys. Siempre pensé que su nombre era maravilloso: conde Johann Dionys Psanek. Era todo un dandy. Y un bailarín extraordinario, de corta estatura, casi eléctrico. Me pregunto si le importará morir.»

«Estaba tan lleno de vida, en su insignificante sentido animal. Dicen que las personas de baja estatura son muy presumidas. Pero ahora no parecía en absoluto serlo, querida. Algo había envejecido en su rostro —, y, sí, poseía una cierta belleza, Daphne.»

«Te refieres a sus largas pestañas.»

«No. Tan quieto, tan solitario — y envejecido, antes de tiempo. Supongo que debe de pertenecer a una de esas curiosas y reducidas razas aborígenes de Europa Central. Me sentía completamente distinta al lado suyo.»

«Qué amable de tu parte,» dijo Daphne.

Sin embargo, al día siguiente Daphne telefoneó a Hurst Place para interesarse por él. Seguía en el mismo estado. Llamaba todos los días. Un día le dijeron que se había recuperado un poco. Cuando recibió la noticia de que su marido estaba herido y prisionero en Turquía, y que estaba curándose de sus heridas, olvidó telefonar para tener noticias del pequeño enemigo el conde. Y al día siguiente llamó para avisar de que iría a visitarlo al hospital.

Estaba despierto, más inquieto, en un mayor grado de excitación psíquica. Se podía ver la náusea de dolor alrededor de su nariz. Su rostro le pareció a Daphne que se hallaba curiosamente oculto tras la negra barba, que sin embargo era rala, cada pelo sobresaliendo delgado y fino, uno a uno, de la cetrina, ligeramente traslúcida piel. Del mismo modo, su mostacho parecía una delgada línea negra

alrededor de su boca. Sus ojos estaban completamente abiertos, muy negros, y sin expresión legible alguna. Vio a las dos mujeres venir pasillo abajo del atestado, triste pabellón, pero era como si no las viese. Sus ojos parecían estar demasiado abiertos.

Era un frío día, y Daphne estaba enfundada en un abrigo negro de piel de foca con cuello de mofeta que le llegaba hasta las orejas, y una gran gorra de color oro mate con las alas vueltas hacia abajo, cubriéndole la frente. Lady Beveridge vestía su abrigo de cebellina, y tenía esa inusual, desordenada elegancia que le era natural, algo así como una gallina arrugada.

Daphne estaba trastornada por el hospital. Miraba a izquierda y derecha a pesar suyo, y todo le producía un sombrío sentimiento de horror: el horror de esos hombres enemigos enfermos, heridos. Se erguía en extremo alta y visible en sus pieles, por encima del camastro, su pequeña madre junto a ella.

«Espero que mi visita no le importune» dijo en alemán al hombre enfermo. Sentía su lengua oxidada, expresándose en ese idioma.

«¿Quién es ella?» preguntó.

«Es mi hija, Lady Daphne. Se acuerda de mí, ¿verdad? Soy Lady Beveridge. Ella es mi hija, a quien conoció en Sajonia. La entristeció mucho saber que estaba herido.»

Los negros ojos se detuvieron en la pequeña señora. Luego retornaron a la imponente figura de Daphne. Y un cierto temor se reflejó en las cejas profundas y espesas. Era evidente que aquella presencia le amenazaba y le daba miedo. Volvió el rostro. Daphne observó cómo su fino y oscuro cabello crecía en desorden sobre sus pequeñas y salvajes

orejas.

«¿No se acuerda de mí, conde Dionys?» dijo con voz apagada.

«Sí,» respondió. Pero mantuvo su rostro apartado.

Ella permaneció allí sintiéndose confusa y miserable, como si hubiera dado un *faux pas* yendo al hospital.

«¿Quiere que le dejemos solo?» dijo. «Lo siento.»

Su voz era monótona. Se sintió de repente rígida envuelta en sus pieles, y se desabrochó el abrigo, dejando al descubierto su fina y blanca garganta y un vestido plano enfundado sobre su pecho liso. Se volvió otra vez de mala gana para mirarla. La miraba como si se tratara de alguna extraña criatura detenida junto a él.

«Adiós,» le dijo. «Que se mejore.»

Ella le miró con esa mirada extraña, inclinada, curva de sus pesados ojos, al tiempo que se daba la vuelta. Hubo aún un pequeño intercambio de miradas enrojecidas, con una cierta postración nerviosa.

«Es usted tan alta,» dijo, todavía asustado.

«Siempre he sido alta,» replicó ella, volviéndose a medias hacia él.

«Y yo muy bajito,» dijo.

«Me alegro mucho de ver que se está reponiendo,» respondió ella.

«Yo no estoy tan contento,» dijo él.

«¿Por qué? No puedo creerle. Precisamente nosotras nos alegramos porque deseamos que se ponga bien.»

«Gracias,» dijo. «Ojalá hubiera muerto.»

«No diga eso, conde Dionys. Tiene que curarse,» le respondió en el modo más bien profundo y lacónico de su juventud. El la miró con una mirada paternal de reconocimiento. Pero su corta y bastante afilada nariz se alzó

con una mueca de disgusto y debilidad producida por el dolor, y sus cejas se tensaron. El la miraba con la curiosa llama del sufrimiento que obliga a prestar una atención exterior, pero que habla solamente para sí misma.

«¿Por qué no me dejaron morir?» dijo. «Quiero morirme ahora.»

«No,» dijo ella. «No debe morir. Tiene que vivir. Si *podemos* vivir, tenemos que hacerlo.»

«Quiero morir,» dijo.

«Ah, bueno,» le respondió, «ni siquiera podemos tener la muerte cuando la deseamos, o cuando creemos que la deseamos.»

«Eso es verdad,» dijo, mirándola con los mismos y grandes ojos negros. «Siéntese, por favor. Es demasiado alta cuando está de pie.»

Era evidente que todavía estaba un poco cohibido por la imponente y sobresaliente figura de ella.

«Siento ser tan alta,» dijo, tomando una silla que una enfermera le había traído. Lady Beveridge se había ido para hablar con los demás hombres. Daphne se sentó, sin saber que más decir. La mirada oscura como la noche que despedían los ojos del conde la turbaba.

«¿Por qué ha venido aquí? ¿Por qué viene su madre?» dijo.

«Para ver si podemos hacer algo,» respondió.

«Cuando esté bien, daré las gracias a su señoría.»

«Muy bien,» replicó. «Cuando esté bien dejaré a mi señor el conde darme las gracias. Hágame entonces el favor de curarse.»

«Somos enemigos,» dijo.

«¿Quién? ¿Usted, yo y mi madre?»

«¿No lo somos? La cosa más fácil de este mundo es



estar seguro de algo. ¡Si me hubieran dejado morir!»

«Eso es ser desagradecido, conde Dionys.»

«¡*Lady Daphne!* Sí. ¡*Lady Daphne!* Es un nombre muy bonito. ¿Siempre se ha llamado *Lady Daphne*? Recuerdo que era usted una jovencita tan inteligente.»

«Más o menos,» dijo, respondiendo a esa cuestión.

«¡Ay! Deberíamos tener todos nuevos nombres. Había pensado en un nuevo nombre para mí, pero lo he olvidado. No más largo que *Johann Dionys*. Eso es errar el tiro. Soy *Karl* o *Wilhelm* o *Ernst* o *Georg*. Son nombres que odio. ¿Los odia también usted?»

«No me gustan — pero no los odio. Y usted no debe dejar de ser el conde *Johann Dionys*. Si lo hiciera, yo tendría que dejar de ser *Daphne*. Me gusta mucho su nombre.»

«¡*Lady Daphne!* *Lady Daphne!*» repetía. «Sí, suena bien, suena maravillosamente para mí. Creo que estoy hablando sin saber lo que digo. Me escucho hablarle de un modo alocado.» Le miró con ansiedad.

«En absoluto,» dijo ella.

«¡Ay! La cabeza que llevo sobre los hombros es como el molino de un niño, y no puedo impedir que produzca esas alocadas palabras. Váyase, se lo ruego, no me escuche. Puedo oírme a mí mismo.»

«¿Puedo hacer algo por usted?» preguntó ella.

«¡No, no! ¡No, no! ¡Si pudiera enterrarme en algún lugar profundo, muy profundo, en donde todo pueda olvidarse! Pero ellos han tirado de mí y otra vez estoy en la superficie. No me importaría que me enterrasen vivo, siempre y cuando fuera en algún lugar muy profundo, en la oscuridad, y la pesada tierra encima mío.»

«No diga eso,» replicó, poniéndose en pie.

«No, de hecho lo digo aunque no lo deseo. ¿Por qué

estoy aquí? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué he sobrevivido hasta aquí? ¿Por qué no puedo dejar de hablar?»

Echó el rostro a un lado. El negro, fino y mágico pelo era tan largo, y se erguía hacia arriba en mechones surgidos desde el borde de la suave nuca de su cuello. Daphne le miraba con pena. No podía moverse. Sólo podía mover la cabeza. Y él yacía con su rostro desviado con violencia, el fino pelo de su barba sobresaliendo extraño desde debajo de su mentón y desde su garganta, más arriba de la cuenca del oído. Permaneció absolutamente inmóvil en esa posición. Y ella se volvió, mirando hacia su madre. Se había dado cuenta súbitamente que los vínculos, las conexiones entre él y su vida en el mundo se habían roto, y ahora él yacía allí, un pedazo de humanidad perdida y palpitante, expulsado del cuerpo de la humanidad.

Pasaron diez días hasta que regresó al hospital. Hubiera querido no regresar más, olvidarle, del modo en que uno trata de olvidar cosas que no tienen remedio. Pero ella no podía olvidarle. Una y otra vez volvía a su mente. Tenía que regresar. Había oído que iba recobrándose con mucha lentitud.

Tenía realmente mejor aspecto. Sus ojos no estaban tan abiertos, habían perdido esa expresión oscura y lóbrega que le daban esa mirada tan antinatural, desagradable. La miró con cautela. Se había quitado sus pieles, y vestía sólo su vestido y una toca oscura y suave de piel.

«¿Qué tal está?» dijo, manteniendo su rostro apartado, poco dispuesto a encontrarse con los ojos de él.

«Gracias, estoy mejor. Las noches ya no son tan largas.»

Ella se estremeció, pues sabía lo largas que pueden ser las noches. Vio otra vez esa cálida mirada en el rostro de

él, en los enrojecidos bordes de sus ojos.

«¿No se encuentra bien? ¿Tiene algún problema?» le preguntó a ella.

«No, no,» le respondió.

Había traído un manojo de flores rosáceas, unas margaritas.

«¿Le gustan las flores?» le preguntó Daphne.

El las miró. Luego lentamente sacudió con la cabeza.

«No,» dijo. «Cuando voy a caballo, cabalgando por las marismas o a través de las colinas, prefiero verlas debajo de mí. Pero no aquí. No ahora. Por favor, no vuelva a traer flores a esta tumba. Incluso en los jardines, no me gustan. Cuando sirven de comodín a la vida humana.»

«Volveré a llevármelas,» dijo ella.

«Hágalo. Déselas a la enfermera, se lo ruego.»

Daphne hizo una pausa.

«Quizá,» dijo, «desea que no regrese y vuelva a molestarle.»

El la miró a los ojos.

«No,» dijo. «Es usted como una flor tras una roca, junto a un agua helada. No, usted no vive demasiado. Me temo que no puedo hablar con sensibilidad. Desearía mantener la boca cerrada. Si la abro, es para hablar de este absurdo. Se me escapa de la boca.»

«No es tan absurdo,» dijo ella.

Pero él callaba — mirando más allá de ella.

«Quiero preguntarle si hay realmente alguna cosa que pueda hacer por usted,» dijo.

«Nada,» respondió él.

«Si puedo escribir alguna carta para usted.»

«Ninguna,» respondió.

«Pero su esposa y sus dos hijos. ¿Saben dónde se

encuentra?»

«Yo diría que no.»

«¿Y dónde están ellos?»

«No lo sé. Probablemente estén en Hungría.»

«¿No están en su casa?»

«Mi castillo fue incendiado en una revuelta. Mi mujer se marchó a Hungría con los dos niños. Su familia era de allí. Se marchó muy lejos de mí. Yo también lo deseaba. ¡Ay de ella! Deseaba estar muerto. Disculpe mi tono personal.»

Daphne bajó la vista hacia él — qué sujeto más raro, obstinado y pequeño era aquél.

«¿Pero tiene alguien a quien quiera decir, de quien quiera saber algo?»

«Nadie. Nadie. Ojalá que la bala me hubiera partido el corazón. Quisiera estar muerto. Es sólo porque tengo un diablo dentro de mí que no morirá nunca.»

Ella le miraba mientras el conde yacía con el rostro tenso, apartado.

«Seguramente no es un demonio quien le mantiene vivo,» dijo. «Sino algo bueno.»

«No, un demonio,» dijo.

Se sentó mirándole con una mirada larga, reposada y perpleja.

«¿Debe uno odiar al diablo que te hace vivir?» le preguntó.

El volvió sus ojos hacia ella con el toque de una sonrisa satírica.

«Si vives, no,» dijo.

Daphne apartó la mirada cuando el conde la miró. Por su vida, ella no hubiera podido mirar frente a frente a aquellos ojos abiertos.

Daphne se marchó, y él permaneció aún postrado.

Durante las largas noches y los fugaces días del invierno el conde ni leía ni hablaba. Se limitaba a yacer postrado durante horas con los negros ojos abiertos, sin prestar atención a nada.

Daphne acudía a verle de vez en cuando. Nunca se olvidaba de él por mucho tiempo. Parecía que súbitamente le venía a la cabeza, como por arte de magia.

Un día él le dijo:

«Veo que está casada. ¿Puedo preguntarle quién es su marido?»

Ella se lo dijo. Había recibido también una carta de Basil. El conde sonrió lentamente.

«Usted puede mirar al futuro,» dijo, «un encuentro feliz y nuevas, adorables criaturas, Lady Daphne. ¿No es verdad?»

«Sí, claro,» dijo.

«Pero está enferma,» le dijo.

«Sí — bastante enferma.»

«¿De qué?»

«¡Oh!» respondió inquieta, apartando la cara. «Siempre mencionan mis pulmones.» Odiaba hablar de ello. «Pero, ¿y cómo sabe usted que estoy enferma?» añadió rápidamente.

Otra vez volvió él a sonreír lentamente.

«Lo veo en su cara, y lo oigo en su voz. Se diría que un Espíritu maligno la ha hechizado.»

«Oh, no,» se apresuró a decir. «¿Pero parezco enferma?»

«Sí. Parece como si algo la hubiera golpeado en pleno rostro, y no pudiera olvidarlo.»

«Nada de eso,» dijo. «Excepto la guerra.»

«¡La guerra!» repitió.

«Oh, bueno, no hablemos de ello,» dijo.

En otra ocasión le dijo el conde a Daphne:

«El año ha llegado a su término — al fin brillará el sol, incluso en Inglaterra. Me temo que pronto voy a estar curado. Soy un prisionero, ¿no? Pero quisiera que el sol brillase. Quisiera que el sol brillase en mi cara.

«No siempre va a ser usted un prisionero. La guerra acabará. Y el sol brillará *incluso* en el invierno de Inglaterra,» dijo.

«Desearía que brillase en mi cara,» dijo.

Así que cuando en febrero llegó una mañana azul y brillante, una mañana que sugería azafranes amarillos y el olor del árbol frutal y el olor de la tierra cálida y húmeda, Daphne se apresuró a coger un taxi y se dirigió al hospital.

«Ha venido para sacarme al sol,» le dijo en cuanto la vio.

«Sí, para eso precisamente he venido».

Habló con la enfermera-jefe, e hizo que llevaran el camastro afuera, en donde había un gran ventanal que llegaba casi hasta el suelo. Luego lo pusieron a él a pleno sol. Al volverse, podía ver el cielo azul y las centelleantes cúpulas de los árboles purpúreas y desnudas.

«¡El mundo! ¡El mundo!» murmuró.

Yacía con los ojos cerrados, con el sol sobre su rostro moreno, transparente e inmóvil. Su respiración iba y venía de forma invisible a través de su nariz. Daphne se preguntaba cómo podía yacer tan quieto, cómo podía mirar con tal inmovilidad. Era cierto lo que su madre había dicho: miraba como si hubiera sido echado en el molde cuando el metal estaba todavía caliente, y todas sus líneas estaban tan bien definidas... Y aún siendo tan pequeño, y tan perfecto a su manera.

De repente sus ojos negros se abrieron y la sorprendió mirándole.

«El sol produce un mayor efecto de ira, como la flor que se abre,» dijo.

«¿La ira de quién?» le preguntó Daphne.

«No sé. Pero puedo inventar flores, mirando a través de mis pestañas. ¿Sabe cómo?»

«¿Quiere decir el arco iris?»

«Sí, flores.»

Y ella le miró, con una curiosa sonrisa en sus labios, mirando a través de sus casi curadas pestañas hacia el sol.

«El sol no es ni inglés ni alemán ni bohemio,» dijo. «Yo soy un esclavo del sol. Pertenezco a los adoradores del fuego.»

«¿De veras?» replicó ella.

«Sí, créame, por tradición.» La miró sonriendo. «Usted permanece ahí como una flor que el sol fundirá,» añadió.

Daphne le miró pausadamente, con una mirada lenta y cauta, como si temiese algo.

«Soy mucho más sólida de lo que usted cree,» le dijo.

El todavía la miraba.

«Un día,» le dijo, «antes de que me vaya, déjeme acariciar su pelo con mis manos. ¿Lo hará?» El conde alzó sus manos delgadas, cortas y oscuras. «Déjeme arropar mis manos con su pelo, como si fuera una venda. Las tengo doloridas. No sé por qué. Creo que es debido a las explosiones de las bombas. Pero si me deja arropar mis manos en su pelo... Ya sabe, es como el oro hermético — abundante en agua de luna. Eso aliviaría mis manos. Algún día, ¿de acuerdo?»

«Dejemos que ese día llegue,» dijo.

«Sí,» respondió, y quedó inmóvil otra vez.

«No entiendo,» dijo luego de un rato, «me quejo como un chiquillo y pido cosas. Siento como si hubiera perdido mi hombría durante este tiempo. ¡Las continuas explosiones de las bombas y de los obuses! Es como si estuviera sacando mi alma fuera de mí, como un pájaro que huye asustado. Pero otra vez volverá, ya sabe. Y yo le estoy tan agradecido; usted es buena conmigo precisamente cuando mi alma se ha extraviado, y no ha querido obtener de mí nada a cambio. Su alma es imperturbable y heroica.»

«Por favor,» dijo ella, «¡no hable!»

Una sensación de vergüenza y angustia y disgusto cubrieron su rostro.

«Es porque no puede hacer nada que pueda servir de ayuda», dijo el conde. «He perdido mi alma, y no puedo dejar de hablarle. No puedo parar. Sin embargo, soy incapaz de hablar con nadie más. Trato de no hablar, pero no lo consigo. ¿Quiere usted apartar de mí las palabras?»

Los grandes, azul-verdosos ojos de ella eran como el corazón de alguna exótica y radiante flor, como una rosa de Navidad con sus pétalos de nieve y arbol. Su cabello destellaba denso, como oro líquido. Ella permanecía allí de pie pasiva e indómita con la persistencia de su glacial y rubia naturaleza, con sus grandes ojos desorbitados abiertos.

Otro día que vino para visitarle, él la miró durante un rato, y luego dijo:

«¿Dicen todos de usted que es encantadora y bella?»

«De ninguna manera,» le replicó.

«¿Pero y su marido?»

«Solía decirlo.»

«¿Es bueno con usted? ¿es tierno? ¿es un buen



amante?»

Ella apartó el rostro, disgustada.

«Sí,» replicó secamente.

El no respondió. Y cuando ella volvió a mirarle, otra vez yacía con los ojos cerrados, una tenue sonrisa alrededor de su corta y transparente nariz. Daphne apenas podía ver la piel de él a través de su barba, como se ve el agua a través de las cañas. Su negro pelo enmarañado parecía suave como el cristal, sus negras cejas centelleaban como una curva de vidrio oscuro en la morena opalescencia de su frente.

De repente comenzó a hablar, sin abrir los ojos.

«Se ha portado muy bien conmigo,» dijo.

«¿De veras? No merece la pena hablar de ello.»

El abrió los ojos y la miró.

«Todos encuentran su pareja,» dijo él. «El armiño y la mofeta y el águila ratonera. Uno piensa tan a menudo que sólo la paloma y el ruiseñor y el ciervo con su cornamenta tienen dulces compañeras. Pero la mofeta y el oso polar del norte también tienen su pareja. Y una blanca osa descansa con sus cachorros tras una roca tal como la culebra yace escondida, y el oso macho regresa del mar nadando lentamente, como un grumo de nieve o la sombra de una blanca nube que cruza el mar moteado. También la vi a ella, y no le disparé, ni a él tampoco cuando llegó a tierra trayendo un pescado entre las fauces, caminando por la nieve mojado y tranquilo y confundiéndose amarillento y blancuzco entre las rocas oscuras.

«Ha estado en el Mar del Norte?»

«Sí. Y con los esquimales en Siberia, y a través de la Tundra. Y un halcón blanco de mar hacía su nido en una alta elevación pétrea, y de vez en cuando echaba un vistazo con su blanca cabeza desde el borde de la roca. No es solamente

un mundo de hombres, Lady Daphne.»

«Sin lugar a dudas,» respondió.

«Aún así, eran lugares sobrecogedores.»

«Es bastante triste,» dijo ella.

«Los zorros tienen sus madrigueras. Incluso tienen sus compañeras, Lady Daphne, que cuando aúllan obtienen respuesta. Y una víbora encuentra a su hembra. Psanek quiere decir proscrito, ¿sabía?»

«No.»

«Los proscritos y los bandidos tienen con frecuencia las más finas de las hembras por compañeras.»

«Así será,» dijo ella.

«Yo seré un psanek, Lady Daphne. No volveré a ser nunca más Johann Dionys, seré un psanek. La ley me ha atravesado de un disparo.»

«Puede ser un psanek y también Johann y Dionys,» dijo ella.

«¿Con el sol en plena cara? Tal vez,» dijo, mirando hacia el sol.

En la primavera de 1918 hubo algunos días radiantes. En marzo el conde era capaz de estar levantado. Le vestían con un simple uniforme azul oscuro. No estaba muy delgado, solamente atezado-traslúcido; se afeitó y se cortó el pelo. Su pequeña estatura le hacía destacar, pero era sin duda varonil, perfecto en su pequeñez. Toda la risueña pulcritud que de jovencita a Daphne le había hecho ver en él a un mono había desaparecido. Sus ojos eran negros y altivos; parecía mantener dentro de sí sus propias reservas, evitando hablar con nadie que pudiera ayudarle, ni a las enfermeras ni a las visitas ni a sus compañeros prisioneros como él, oficiales de su misma graduación. Parecía haber puesto una sombra entre él y los demás, y desde aquella sombra miraba con sus bellos

y hermosos ojos asustados, como una arrogante bestia semioculta en un cubil. Sólo para Daphne reía y hablaba.

Un día de marzo ella se sentó junto a él en la terraza del hospital, una mañana en que blancas nubes atravesaban interminable y magníficamente el azul del cielo, y los rayos del sol irradiaban calor tras los borrones de sombras.

«Cuando cumplió diecisiete años, ¿no le regalé un dedal?» le preguntó.

«Sí. Aún lo conservo.»

«Con una culebra de oro en el fondo, y un escarabajo de piedra verde en la parte de arriba, para empujar la aguja.»

«Sí.»

«¿Lo usó alguna vez?»

«No. Apenas suelo coser.»

«¿Le disgustaría mucho bordar alguna cosa para mí?»

«No le causarán admiración mis puntadas. ¿Qué quiere que borde?»

«Bórdeme una camisa que pueda vestir. Nunca antes vestí camisas de tienda, con el nombre del fabricante. Es muy desagradable para mí.»

Ella le miró — sus altivas y diminutas cejas.

«¿Podría pedirle a mi criada que lo haga ella?» dijo.

«¡Oh, por favor, no! Oh, por favor, no la moleste. No, por favor, no lo aceptaría a menos que la borde usted misma, con el dedal de Psanek.»

Ella hizo una pausa antes de responder. Luego dijo flemática:

«¿Por qué?»

El se volvió y la miró con ojos oscuros y penetrantes.

«No tengo ninguna razón,» dijo, con arrogancia.

Daphne dejó ahí el asunto. Durante dos semanas no

acudió a visitarle. Luego, de repente, un buen día cogió el autobús que baja a Oxford Street y compró un poco de franela blanca y fina. Había decidido que debía vestir franela.

Aquella tarde se dirigió a Hurst Place. Le encontró sentado en la terraza, mirando a través del jardín hacia el rojo suburbio de Londres que parecía humear no lejos de allí, interrumpido por pedazos de tierra sin cubrir y un lavadero plano, con un tejado de hojalata.

«¿Querrá darme las medidas para su camisa?» dijo.

«El número que pone en el cuello de esta camisa inglesa es quince. Si le pregunta a la enfermera-jefe, ella le dará la medida. Es un poco demasiado alargada por las mangas. Vea,» y sacudió el puño de la camisa con la muñeca. «En general, es también demasiado larga.»

«La mía probablemente no habrá modo de vestirla cuando la acabe,» dijo ella.

«Oh, no. Deje a su doncella que la aconseje. Pero no permita que lo haga ella.»

«¿Quiere decirme por qué desea que se lo haga yo personalmente?»

«Porque soy un prisionero, vestido con las ropas de otros, y no tengo nada que sea de mi pertenencia. Todas las cosas que toco me son desagradables. Si su criada me borda la camisa, ocurrirá lo mismo. Sólo usted puede darme lo que quiero, algo que pueda abotonar alrededor de mi garganta y de mis muñecas.»

«¿Y en Alemania — o en Austria?»

«Mi madre cosía para mí. Y luego de ella, la hermana de mi madre, que era la cabeza de familia en mi casa.»

«¿No lo era su esposa?»

«Claro que no. Eso hubiera sido un insulto. Nunca fue más que una huésped en mi casa. En mi familia hay

antiguas tradiciones — pero conmigo han llegado todas a su final. Tendré que esforzarme mucho para recuperarlas.»

«¿Empezando con la tradición de las camisas?»

«Sí. En nuestra familia la camisa debía ser hecha y lavada por una mujer de nuestra propia sangre: pero cuando nos casamos, debe hacerlo la esposa. Así que cuando me casé tenía siete camisas, y muchas otras cosas — bordadas por mi madre y mi tía, todas ellas con mi inicial, y la mariquita, que es nuestro blasón.

«¿Y dónde hay que poner la inicial?»

«¡Aquí!» Puso el dedo en la parte de atrás de su cuello, en la morena y traslúcida piel. «Me parece que aún puedo sentir la mariquita bordada. En nuestro lino no tenemos corona alguna: sólo la mariquita.»

Ella permanecía en silencio, pensativa.

«¿Me perdonará por lo que le pido?» dijo él. «Puesto que soy un prisionero y no puedo ser otro, y puesto que el destino ha hecho que sea usted la única que entiende lo único que yo entiendo en este mundo. No es en realidad una falta de delicadeza, lo que le pido. Habrá una mariquita en su dedo cuando cosa, y aquellas que visten la mariquita lo entienden.»

«Supongo,» musitó, «que igual de malo es tener la abeja en la camisa o en la gorra.»

El la miró con ojos interrogadores.

«¿No sabe lo que es tener una abeja en la gorra?»

«No.»

«¡Tener una abeja zumbando entre el pelo! Salirse de las casillas,» sonrió.

«¡Eso!» dijo. «Ah, un psanek que conozco tuvo una mariquita en su gorra durante muchísimos años.»

«Estaría completamente loco,» dijo.

«Puede ser,» respondió. «Pero con mi esposa estuve completamente en mis cabales durante diez años. Que me den a mí la locura de la mariquita. El mundo en el que yo estaba cuerdo ahora delira. Pero la mariquita con la que yo estaba loco permanece juiciosa todavía.»

«Al menos, cuando borde las camisas, si es que las llevo a bordar,» dijo ella, «podré tener la mariquita en la punta de mi dedo.»

«Quiere reírse de mí.»

«Pero seguramente usted mismo sabe lo divertido que es, con su insecto familiar.»

«¿Mi insecto familiar? Ahora quiere ser ruda conmigo.»

«¿Cuántas manchas tiene que tener?»

«Siete.»

«Tres en cada ala. ¿Y qué voy a hacer con la que queda?»

«Puede ponerla entre las tenacillas, como el pastel de Cerebus.»

«Lo recuerdo, sí.»

Cuando trajo la primera camisa, se la dio a la enfermera-jefe. Luego encontró al conde Dionys sentado en la terraza. Era un espléndido día de primavera. Allí cerca se alzaban algunos olmos de gran altura y los grajos graznaban.

«¡Qué hermoso día!» dijo ella. «¿Ha hecho hoy las paces con el mundo?»

«¿El mundo?» respondió, mirándola con el mismo desagrado y disgusto habitual de su fina y diáfana nariz.

«Sí,», replicó, al tiempo que una sombra se cernía sobre su rostro.

«¿Es este mundo — todos esos pequeños tejados de ladrillo rojo, bajo los cuales viven emparejadas personas

humildes, el que decreta mi destino?»

«¿No le gusta Inglaterra?»

«¡Ah, Inglaterra! Pequeñas casas como pequeñas cajas, cada una con su doméstico inglés y su doméstica esposa, ambos rigiendo el mundo porque todos son idénticos, tan iguales.»

«Pero Inglaterra no son sólo casas.»

«¡Campos entonces! Pequeños campos con innumerables setos. Como una red con una malla irregular, fijada sobre esta isla y todo ello bajo la red. Ah, Lady Daphne, perdóneme. Soy un desagradecido. Estoy tan lleno de bilis, es decir, de rencor. Mi única sabiduría consiste en mantener la boca cerrada.»

«¿Por qué lo odia todo?» dijo, y su propia cara acusó una acritud inusual en ella.

«Todo no. ¡Si fuese libre! ¡Si estuviese más allá de la ley! Ah, Lady Daphne, ¿qué tiene uno que hacer para escapar de la ley?»

«Huir hacia dentro de sí mismo,» dijo. «No hacia fuera.»

La cara del conde adoptó una evidente expresión de disgusto.

«No, no. Yo soy un hombre, aunque sea de pequeña estatura. No soy un espíritu, que se enrolla a sí mismo dentro de una concha. En mi alma hay cólera, cólera, cólera. Dadme sitio para mi cólera. Dadme sitio para eso.»

Sus ojos negros miraban los de ella con agudeza. Daphne movió los ojos como si estuviera en trance. Y con voz monótona e ida dijo:

«Mejor haría superando su cólera. ¿Pero por qué está colérico?»

«No hay una razón. Si fuese amor, no me

preguntaría *¿por qué está enamorado?* Pero es cólera, cólera, cólera. *¿De qué otro modo podría llamarlo? Y no hay un porqué.»*

Otra vez la miró con sus oscuros, agudos, interrogadores y atormentados ojos.

«¿No puede librarse de eso?» le preguntó desviando la mirada.

«Si explotara y saltara en mil pedazos,» dijo, «no conseguiría destruir toda la cólera que hay en mí. Lo sé. No, nunca llegará a disiparse. Y morir no es una liberación. La cólera continúa rechinando y quejándose en la muerte. Lady Daphne, Lady Daphne, hemos agotado todo el amor, y eso es lo que nos ha quedado.»

«Tal vez usted haya gastado todo su amor,» replicó ella. «Usted no es todo el mundo.»

«Ya lo sé. Hablaba por mí y por usted.»

«Por mí no,» se apresuró ella a decir.

El no respondió, y ambos permanecieron en silencio.

Luego Daphne volvió los ojos lentamente hacia él.

«¿Por qué dice hablar también por mí?» le dijo en un tono acusador.

«Perdóneme. Me he precipitado.»

Pero un tenue toque de arrogancia en su tono demostró que quería decir lo que había dicho. Ella permaneció meditabunda, su frente fría y pétrea.

«¿Y por qué me habla *a mí* sobre su cólera?» dijo. «Le hace sentirse mejor?»

«Incluso la víbora encuentra compañera. Y en su boca ella tiene tanto veneno como él.»

Daphne lanzó una repentina y breve carcajada.

«Es una figura poética terrible la que me dirige,» dijo.



El sonrió, pero con el mismo tono corrosivo.

«Ah,» dijo, «no es usted una paloma. Es usted un gato salvaje con los ojos abiertos, medio soñando en una rama, en un paraje solitario, tal y como yo lo he visto. Y me pregunto — ¿cuáles son sus recuerdos?»

«Ojalá fuese un gato salvaje,» dijo ella, de repente.

El la miró sagaz, y no respondió nada.

«¿Quiere aún más guerra?» dijo ella amargamente.

«¿Más trincheras? ¿Más Grandes Berthas, más explosiones y gases venenosos, más armas de las llamadas máquinas perforadoras, más estrategia militar? Nunca. Nunca. Preferiría trabajar en una fábrica haciendo botas y zapatos. Y desde luego que me dejaría morir de hambre antes que acabar en una fábrica haciendo botas y zapatos.»

«Entonces, ¿qué es lo que quiere?»

«Quiero que mi cólera tenga espacio para crecer.»

«¿Cómo?»

«No lo sé. Por eso estoy sentado aquí, día tras día.

Espero.»

«¿A que su cólera tenga espacio para crecer?»

«A eso mismo.»

«Adiós, conde Dionys.»

«Adiós, Lady Daphne.»

Había decidido no ir nunca más a visitarle. No quería saber nada de él. Como había comenzado ya la segunda camisa, continuó adelante con ella. Y se apresuró a terminarla cuanto antes, pues había emprendido una serie de visitas que no habrían de finalizar hasta el verano, con su estancia en Escocia. Pensó en enviar por correo la camisa. Pero al final, la llevó ella misma.

Supo que el conde Dionys había sido trasladado de Hurst Place a Voynich Hall, en donde otros prisioneros de

guerra se hallaban internados. Su frustración aumentó su determinación. Cogió el tren al día siguiente para ir a Voynich Hall.

Cuando entró en la antesala en donde habría de recibirla, sintió enseguida la vieja influencia de su silencio y su sutil poder. Su rostro tenía aún esa mirada morena y transparente de quien no es feliz, pero su comportamiento era orgulloso y reservado. El besó su mano cortésmente, y la dejó hablar.

«¿Qué tal se encuentra?» dijo. «No sabía que estaba aquí. El verano lo pasaré fuera.»

«Le deseo una feliz estancia,» respondió. Hablaban en inglés.

«Le he traído la otra camisa,» dijo. «Al fin la he terminado.»

«Ese es un gran honor que había tenido la osadía de esperar,» dijo.

«Me temo que vaya a ser más honorable que práctica. ¿La otra no le sentaba bien, verdad?»

«Casi,» dijo. «Sentaba bien a mi espíritu, si no a mi carne,» sonrió.

«Hubiera preferido que por una vez fuese al revés,» dijo. «Lo siento.»

«No cambiaría una sola puntada.»

«¿Podemos sentarnos en el jardín?»

«Supongo que sí.»

Se sentaron en un banco. Otros prisioneros jugaban al croquet no muy lejos de ellos. Pero los dos se hallaban comparativamente solos.

«¿Se encuentra bien aquí?», le preguntó.

«No tengo queja alguna.»

«¿Y su cólera?»

«Va bien, gracias,» respondió sonriendo.  
«¿Quiere decir que está mejor?»  
«Echando profundas raíces,» dijo riéndose.  
«¡Ah, con tal de que sólo eche raíces,» le respondió.  
«¿Y su señoría, qué tal está?»  
«Mi señoría está bastante bien,» replicó.  
«Muchísimo mejor, claro,» dijo, mirándola a la cara.  
«¿Quiere decir que *tengo* mejor aspecto?» preguntó con rapidez.

«Muchísimo mejor. Es en su belleza en lo que piensa. Pues bien, su belleza está prácticamente igual.»

«Gracias.»

«Usted medita en su belleza así como yo lo hago en mi cólera. Ah, su señoría, sea juiciosa, y haga buenas migas con su cólera. Ese es el camino para dejar florecer la belleza.»

«No creo haber sido poco amistosa con usted,» dijo ella.

«¿Conmigo?» Su rostro parpadeó con una carcajada.  
«¿Soy yo su cólera? ¿su vicario en la cólera? Por tanto, sea amistosa con este colérico, su señoría. Nada mejor puedo pedirle.»

«¿Cuál es el modo,» dijo, «de ser amistoso con un *colérico* como usted? Aunque mil veces preferiría hacerme amiga de su lado feliz.»

«Aquél pequeño animal se extinguió,» rió. «Y me alegro de ello.»

«¿Y qué le ha quedado? ¿Sólo su cólera? Entonces, no intente que seamos amigos.»

«¿Recuerda, querida Lady Daphne, que la víbora no chupa el veneno ella sola, y que la mofeta sabe dónde encontrar a su compañera? ¿Recuerda que cada uno tiene su

pareja?» rió. «Querida, una pareja mortal.»

«¿Y qué si recuerdo esos hechos de la historia natural, conde Dionys?»

«La víbora hembra es fina, delicada, y porta su veneno ágilmente. El gato salvaje tiene unos maravillosos ojos verdes que cierra de modo inolvidable, como una pantalla. La osa polar se esconde como una culebra con sus crías, y su gruñido es el más extraño del mundo.»

«¿Me ha escuchado gruñir a mí?» preguntó ella súbitamente.

El sólo la miró, y apartó acto seguido la vista.

Quedaron en silencio. E inmediatamente la extraña emoción del secreto surgió entre ellos. Algo había ido más allá de la tristeza, un algo secreto, una connivencia apasionante que ella jamás admitiría.

«¿Qué hace aquí durante el día?» preguntó.

«Jugar al ajedrez, jugar a ese croquet de locos, jugar al billar, y leer, y esperar, y recordar.»

«¿Qué espera?»

«No lo sé.»

«¿Y qué es lo que recuerda?»

«Ah, eso. ¿Quiere que le diga qué me divierte? ¿Quiere que le cuente un secreto?»

«Le ruego que no lo haga, si se trata de algo que tenga alguna importancia.»

«No importa a nadie excepto a mí. ¿Quiere oírlo?»

«Si ello no me implica a mí de ninguna manera...»

«Claro que no. Bien, soy miembro de una determinada sociedad muy antigua y secreta. No, no me mire así, no es nada terrorífico. Es sólo una sociedad parecida a la de los franc-masones.»

«¿Y?»

«Y — bueno, como sabe, uno es iniciado en ciertos secretos y ritos. Mi familia siempre fue iniciada en ellos. Así que yo también soy un iniciado. ¿Le interesa?»

«Desde luego.»

«Era tan sólo una pequeña pero excitante función de segundo nivel. Y yo era un gesticulante miembro de la insignificante sociedad. Pero todo ello se ha hecho realidad. Se ha hecho realidad.»

«¿El qué? ¿el conocimiento secreto?»

«Sí.»

«¿Por ejemplo...?»

«Por ejemplo el fuego de hoy día. Se va a aburrir. ¿Quiere escucharlo?»

«Adelante.»

«Esto es lo que me enseñaron. El verdadero fuego es invisible. La llama, y el fuego rojo que vimos arder, nos dan la espalda. Siempre escapa de nosotros. ¿Le dice algo eso?»

«Sí.»

«Bien. Entonces la luz del sol —al igual que el sol mismo— es solamente el lado oblicuo del fuego original auténtico. Ya sabe que eso es cierto. No habría luz si no hubiera refracción, ni polvo ni sustancias para transformar el fuego oscuro en un ente visible. Usted sabe que eso es un hecho. Y aún siendo así, incluso el sol es oscuro. Es sólo su envoltorio de polvo que lo vuelve invisible. Eso también sabe. Y los verdaderos rayos de sol que vienen hacia nosotros flotan misteriosamente, como tinieblas movedizas del auténtico fuego. Y la luz es solamente el reverso alejado de la dirección solar que se dirigía hacia nosotros. ¿Le interesa algo todo esto?»

«Sí,» respondió dubitativa.

«Bien, tenemos el mundo interior ahí afuera. El

verdadero mundo viviente del fuego es palpitante oscuridad, más oscuro que la sangre. El luminoso mundo en el que vivimos es sólo el reverso de aquél otro.»

«Sí, eso me gusta,» dijo.

«¡Bien! Escuche ahora. Con el amor ocurre igual. Ese amor blanco que hemos tenido es igual. Es sólo el reverso, el blanco sepulcro del verdadero amor. El verdadero amor es oscuro, un palpar juntos en la oscuridad, como el gato salvaje en la noche, cuando las cortinas verdes se abren y sus ojos se hallan en la oscuridad.»

«No, yo no lo veo así,» dijo ella con voz pausada y sonora.

«Usted, y su belleza — es sólo el reverso de usted. Su auténtico lado es el gato salvaje en la noche, con esa llama roja que suele emanar de sus grandes y oscuros ojos. Su belleza es su blanco sepulcro.»

«Se refiere a los cosméticos,» dijo. «Hoy no llevo ninguno — ni siquiera polvos.»

El rió.

«Muy bueno,» dijo. «Fíjese en mí. Solía pensar que era pequeño de estatura pero bien parecido, y las mujeres solían admirarme con moderación, nunca demasiado. Una persona bajita y aseada, ya sabe. Bueno, pues eso era precisamente mi reverso. Soy un gato de color negro que aúlla en la noche, y es entonces cuando la llama sale fuera de mí. Míreme como si fuese mi blanco sepulcro. ¿De acuerdo?»

Ella le miraba a los ojos. Podía ver la oscuridad oscilando en las profundidades. Se apercibió de la llama que brotaba del invisible gato salvaje agitándose profunda en su interior, y sintió que se acercaba a ella. Daphne apretó el rostro. Luego él se echó a reír, mostrando sus blancos y

fuertes dientes, que parecían incluso un poco grandes, y casi daban miedo.

Daphne se levantó para marcharse.

«Bueno,» dijo. «En verano tendré en qué pensar, el mundo inverso y todo eso. Escríbame si tiene algo que decirme. Escriba a Thoresway. ¡Adiós!»

«Ah, sus ojos!» la detuvo. «Son como piedras preciosas.»

Una vez lejos del conde, no pensó más en él. Sólo sentía que fuera un prisionero en el nauseabundo Voynich Hall. Pero no le escribió. Y él tampoco.

De hecho, ahora estaba mucho más ocupada con su marido. Se estaban llevando a cabo todos los preparativos para canjearlo. Esperaba su regreso de un mes para otro. De modo que sólo pensaba en él.

Por encima de lo que pudiera sucederle a ella, siempre pensaba en él, pensaba en él muchísimo. La consciencia que tenía de sí misma era como lápidas de piedra pesando sobre ella. Y quien quisiera entrar por primera vez dentro de ella debería romper esas lápidas de piedra trocito a trocito. De modo que, a su manera, pensaba con frecuencia en ese mundo interior del conde. Producía en su consciencia un curioso estado latente, aunque sin llegar a plasmarse en una idea.

Le había dicho que sus ojos eran como piedras preciosas. ¡Vaya una cosa más horrible para decirle a nadie! ¿Cómo quería que fueran sus ojos? El quería que los ojos de ella se dilataran hasta convertirse en unas negras pupilas, como las de un gato en la noche. Ella se encogió convulsivamente ante ese pensamiento, y respiró hondo.

Le había dicho que su belleza era su blanco sepulcro. Incluso eso, ella sabía lo que quería decir. El lado invisible de

ella que él quería amar. Pero, ah, su belleza —similar a una perla— la apreciaba demasiado, y era tan famosa por ello en el mundo.

Había dicho que su blanco amor era como la luz de la luna, perjudicial, el reverso del amor. Se refería a Basil, desde luego. Basil siempre decía que ella era la luna. Pero entonces Basil la amaba por eso. ¡Vaya un éxtasis! Se estremeció, al pensar en su marido. Pero también le había producido un desgaste nervioso, el amor de su marido. Ah, un desgaste nervioso.

¿Cómo sería el amor del conde? Algo tan secreto y diferente. Ella no sería para él una hermosa reina. Ella odiaba su belleza. El gato salvaje tenía su pareja. El pequeño gato salvaje que ella era. ¡Ah!

Dejó por un momento de respirar, resuelta a no pensar más. Cuando pensaba en el conde Dionys sentía que el mundo se deslizaba a sus pies. Deseaba sentarse ante un espejo, mirando a su bien cuidado rostro que había aparecido en tantísimas revistas de sociedad. Lo apreciaba tanto, que la había hecho sentirse banal. Y miró sus ojos azul-verdosos — los ojos del gato salvaje en una rama. Sí, el precioso iris azul y verde se dibujaba curvado como una pantalla. Suponiendo que pudiera relajarse. Suponiendo que pudiera desplegarse, abrirse a las profundidades de la oscuridad, de la oscura pupila dilatada. ¿Suponiendo que debiera hacerlo?

¡Nunca! Siempre se echaba atrás. Se daba cuenta de que preferiría dejarse morir antes que ceder a esa relajación que el conde le había propuesto. No podía. Era incapaz de ello. Sólo de pensarlo un hipersensitivo nervio saltaba con una gran punzada en su pecho; reculaba, y se veía forzada a mantenerse en guardia. Ah, no, señor conde, nunca conseguiría que su señoría bajase la guardia.



Le desagradaba pensar en el conde. Ese insolente personajillo. ¡Ese insolente personajillo! Un pobre diablo, desde luego. Un insignificante intruso. No, no. Pensaría en su marido: un adorable, alto y bien criado inglés, tan natural y sencillo, y con esa mirada graciosa en sus ojos azules. Pensó en la culta, casual estela de su voz. Pegó fuego a sus nervios. Pensó en su cuerpo robusto y natural —hermoso, de color blanquecino, con la estupenda elasticidad de sus cabellos cálidos y morenos, como minúsculas llamas. El era su Dionys, lleno de vitalidad, leche y miel, y vino de oro norteño: él, su marido. No ese pequeño e irreal conde. Ah, soñaba con su marido, con los días llenos de amor, y la luna de miel, la adorable, simple intimidad. Ah, la maravillosa revelación de la intimidad, cuando él se dejó a sí mismo en manos de ella tan generosamente. Ah, ella era su esposa por esa razón, porque él se había entregado a ella — su marido, suyo, adorable, un marido inglés. ¡Ah, cuándo regresaría, cuándo regresaría de nuevo!

Tenía cartas suyas — y cómo la quería. Lejos, la vida de él le pertenecía. Era toda suya, fluyendo hacia ella como el brillo fluye desde una patética estrella hasta nosotros, hasta nuestro corazón. Su amado, su marido.

Su regreso era inminente. Todo estaba preparado. «Espero no decepcionarte cuando regrese,» le escribió. «Me temo que ya no soy el hombre apolíneo y bien parecido que era. Tengo una cicatriz a un lado de la boca, y estoy tan delgado como un conejo muerto de hambre, y mis cabellos son ahora grises. No suena atractivo, ¿verdad? Y no es atractivo. Pero una vez logre salir de este lugar infernal, y cuando vuelva a reunirme contigo, retomaré mi segunda lozanía. Sólo de pensar en estar tranquilo en la misma casa donde tú estás, tranquilo y en paz, me hace darme cuenta de

que aun cuando haya tenido que pasar un infierno, he conocido el cielo en la tierra y puedo confiar en conocerlo de nuevo. Ahora soy un miserable bruto. Pero tengo fe en ti. Sé que perdonarás mi aspecto, y que ello me hará sentir hermoso.»

Daphne leyó varias veces la carta. No tenía miedo de su cicatriz ni de su aspecto. Lo amaría incluso más que antes.

Desde que comenzó a bordar camisas (las dos que hizo para el conde supusieron un enorme trabajo, a pesar de que la doncella le había prestado su ayuda innumerables veces). Pero puesto que había comenzado a bordar camisas, creyó que podría continuar. Disponía de unas cuantas telas adecuadas y de buena calidad: a su marido le gustaba la ropa interior de seda.

Sin embargo, continuaba usando el dedal del conde. Era de oro por fuera y plata por dentro, y pesaba demasiado. Tenía una culebra enrollada en torno a la base, y en la parte superior, a fin de presionar la aguja, había un entrante, una piedra de color verde-manzana semitraslúcida, tal vez de jade, tallada en forma de escarabajo, con pequeños puntos. Era muy pesado. Por eso bordaba despacio. Y a ella le gustaba sentir su mano pesada, cargada. Y mientras bordaba pensaba en su marido, y se sentía enamorada de él. Pensaba en él, lo hermoso que era, y cómo le iba a querer ahora que estaba demacrado: le querría más todavía. Le querría hasta sus mismos huesos, hasta su mismo esqueleto viviente. Ese pensamiento le hizo apoyar las manos, quedas, en el regazo y quedó inmersa en sus pensamientos. Entonces, sintió el peso del dedal en su dedo, y se lo quitó, y se sentó mirando la piedra verde. La mariquita. La mariquita. Si al menos su marido regresara lo antes posible, cuanto antes. Era esa espera la que le ponía enferma. Sólo eso. Le había esperado

con tanta tristeza. Le quería ya. Ah, si pudiera ir a donde estaba, y encontrarle, estuviese donde estuviese, y verle y tocarle y tomar todo su amor.

Mientras reflexionaba, dejó el anillo justo en frente de ella, y sacó de su costurero un pequeño lápiz de plata, y en un pedazo de papel azul que había sido la tira de una pequeña madeja de seda escribió las líneas de una cancioncilla tonta:

«Wenn ich ein Vöglein wär»  
Und auch zwei Flüglein bätt»  
Flögr ich zu dir—»

Eso es todo lo que daba de sí el papelito de color azul pálido:

«Si fuese un pajarito  
Y tuviese dos alitas  
Volaría hacia ti—»

Una tonta cancioncilla, en un sentido consciente. Pero ella no la tradujo, así que no parecía tan insulsa.

En aquél momento, la doncella anunció a Lady Bingham —la hermana de su marido. Daphne se apresuró a deshacerse rápidamente del trocito de papel, y en un minuto entró Primrose, la hermana. La recién llegada no era exactamente como una «primavera», con su cara alargada y su expresión inteligente, aguda, pero en absoluto elegante, en su vestido nuevo.

«¡Querida Daphne, qué escena más doméstica! Supongo que es un ensayo. Vaya, incluso tú pareces que estás ensayando: está con el almirante Burn en el *Ariadne*. Lo único que ha oído mi padre en el Almirantazgo es que está bien. Llegará en uno o dos días. Maravilloso, ¿no? Y la guerra está a punto de acabar. Al fin parece que todo va bien. Pronto estarás en brazos de tu marido, querida.

Daremos gracias al cielo cuando todo haya pasado. ¿Qué estás bordando?»

«Una camisa,» dijo Daphne.

«¡Una camisa! Vaya, qué lista eres. Nunca sabría como acabar un trabajo así. ¿Quién te ha enseñado?»

«Millicent.»

«¿Y cómo lo sabía ella? No es su oficio saber cómo bordar camisas: ni cojines ni tampoco sábanas. Déjame echar un vistazo. ¡Vaya, qué perfecta y maravillosa eres! — cada pieza está hecha a mano. Basil no lo merece, querida, de veras. Deja que encargue sus camisas en Oxford Street. Tu trabajo es estar guapa, no coser camisas. ¡Qué maravilla de costurerilla, o mejor dicho, de costurera! Diría que es una sátira acerca de nosotras. ¡Pero qué bonito, con alas nacaradas en los bordes! Y qué bonitos son esos pequeños ojos de oro que has punteado por dentro. Si entornas su cabeza hacia afuera, ves que está llena de alfileres y agujas. ¡Qué mujer eres! Mi madre dice que no vendrás mañana a comer. Y seguro que tampoco vendrás conmigo ahora a tomar un té. Bueno, eres un encanto. He llamado a un taxi.»

Daphne recogió su costura sin prestar demasiada atención.

Cuando dos días más tarde trató de reanudar la labor, no pudo encontrar el dedal. Preguntó a la doncella, en quien tenía total confianza. La muchacha no lo había visto. Lo buscó por todos lados. Le preguntó a su nodriza —que ahora era la ama de llaves— y al lacayo. No, nadie lo había visto. Daphne incluso preguntó a su cuñada.

«¿Un dedal, querida? No, no recuerdo nada de un dedal. Sólo recuerdo a una dama-costurera encantadora, que me hizo pensar en una graciosa sátira acerca de nosotras, las mujeres. No sé nada de ese dedal.»

La pobre Daphne iba de aquí para allá pensando en su dedal. No quería darlo por perdido. Había sido para ella como un talismán. Trató de olvidarse de él. Su marido llegaría pronto, muy pronto. Sin embargo, era incapaz de darse ánimos. Había perdido su dedal. Era como si el conde Dionys la acusara de algo en sueños, aunque no sabía exactamente de qué.

Y a pesar de que no deseaba realmente ir a Voynich Hall, acudió como si de una fatalidad se tratara, como un condenado. Estaba ya bien entrado el otoño, y algunos días eran espléndidos. Era el final de los días espléndidos. Le dijeron que el conde Dionys se hallaba en el pequeño parque, recogiendo castañas. Fue en su busca. Sí, allí estaba con su uniforme azul, parado sobre las brillantes hojas amarillas del majestuoso castaño, que yacían alrededor suyo como un nimbo caído de color amarillo candente, bajo sus pies, dando patadas en el suelo y murmurando, en busca de erizos de castaña. Y con sus cortas y morenas manos sacaba las pequeñas castañas y se las metía en los bolsillos. Mientras ella se aproximaba peló una castaña y se la comió. Sus dientes eran blancos y fuertes.

«Me recuerda usted a una ardilla haciendo provisión para el invierno,» le dijo.

«Ah, Lady Daphne — estaba abstraído y no la oí llegar.»

«Me pareció que recogía castañas — y que incluso se comía una.»

«¡De veras!» rió. Emanaba un oscuro y súbito encanto cuando reía, mostrando su larga y blanquecina hilera de dientes. No estaba segura de si no lo encontraba un poco repulsivo.

«¿Estaba pensando realmente?» le preguntó ella en

su reposado y resonante estilo.

«Desde luego.»

«¿Y no se lo estaba pasando fenomenal con las castañas?»

«Ya lo creo. Me gustan más que la sabrosa leche. Excelentes, excelentes.» Tenía los fragmentos de la castaña entre los dedos, y los mordió con finura. «Coja una.» Le ofreció las castañas marrones y pequeñas que sostenía en la palma de la mano.

Ella las miró dubitativamente.

«¿Son como por lo general siempre suelen ser?» le preguntó.

«No, son frescas y ricas. Aguarde, le pelaré una.»

Se perdieron entre el espesor de los árboles.

«¿Se lo ha pasado bien durante el verano? ¿se ha recuperado?»

«Casi del todo,» dijo ella. «Un verano muy agradable. Gracias. Supongo que está fuera de lugar preguntarle si ha sido feliz durante este tiempo.»

«¿Feliz?» La miró directamente a los ojos. Sus ojos eran oscuros y parecían examinarla. A ella siempre le parecía que él la despreciaba un poco. «Oh, sí,» dijo, sonriendo. «He sido muy feliz.»

«Cuánto me alegro.»

Continuaron caminando sin rumbo, y él se agachó para recoger una castaña verde como una manzana erizada oculta bajo las hojas amarillo-parduscas, tomándola en la mano con sensitivos dedos que sin embargo a ella le sugerían garras.

«¿Cómo ha conseguido ser feliz?» le preguntó Daphne.

«¿Cómo se lo explicaría? Me di cuenta de que el

mismo poder que levanta montañas las hace también caer — sin importar cuánto tiempo ha de transcurrir.»

«¿Y eso es todo?»

«¿Le parece poco?»

«Sin lugar a dudas diría que es demasiado poco.»

El se echó a reír, mostrando sus fuertes, negroides dientes.

«No se da cuenta de lo que eso quiere decir,» dijo él.

«¿La idea de que las montañas algún día caerán?» respondió. «Eso será dentro de mucho tiempo.»

«Ah, si que está animada,» dijo. «Pero yo — yo he encontrado el Dios que abate todas las cosas: especialmente las cosas que los hombres han levantado. ¿No suele decirse que la vida es la búsqueda de Dios, Lady Daphne? Yo he encontrado mi Dios.»

«El dios de la destrucción,» replicó Daphne, palideciendo.

«Sí — no el diablo de la destrucción, sino el dios de la destrucción. El bendito dios de la destrucción. Es extraño» permanecía de pie ante ella, mirándola — «pero he encontrado a mi Dios. El dios de la cólera, que derriba los campanarios y las chimeneas de las factorías. Ah, Lady Daphne, es un Dios de hombres, es un Dios de hombres. He encontrado a mi Dios, Lady Daphne.»

«En apariencia. ¿Y cómo va usted a servirle?»

«Oh, daré mi ayuda. Ayudaré con mi corazón, cuando no me sea posible hacerlo con mis manos: golpea, martillo, golpea con pequeños golpes. Golpea, martillo de Dios, échalos abajo. Echalo todo abajo.»

Las cajas unidas, el rostro de Daphne adoptó un aire de descontento.

«¿Echar abajo el qué?» le preguntó ásperamente.

«El mundo, el mundo de los hombres. No los árboles — estos castaños, por ejemplo» — miró hacia ellos, hacia los manojos de piñones amarillos y extraviados — «no éstos — ni las parlanchinas hechiceras que habitan en ellos, las ardillas — ni el halcón que las persigue. Ellos no.»

«¿Quiere decir echar abajo Inglaterra?» dijo.

«Ah, no. No, no. No Inglaterra más que Alemania — tal vez no tanto. Ni Europa más que Asia.

«Es decir, ¿el fin del mundo?»

«No, no. No, no. ¿Qué puedo tener yo en contra de un mundo en el que incluso los setos están llenos de bayas, montones de bayas negras que cuelgan lacias, y bayas rojas que empiezan a asomarse? Jamás odiaría el mundo. Excepto el mundo de los hombres. Lady Daphne» — su voz sonó como un susurro — «*¡ése lo odio. Zzzz!*» siseó. «¡Golpea, pequeño corazón! ¡Golpea, golpea, hiere, aflige! ¡Oh, Lady Daphne!» — sus ojos se dilataron en un círculo de fuego.

«¿Qué?» dijo ella, asustada.

«Creo en el poder de mi rojo y oscuro corazón. Dios ha puesto el martillo en mi pecho — el pequeño, eterno martillo. ¡Golpea — golpea — golpea! Golpea el mundo de los hombres. ¡Golpea ahí, ahí! E incluso se escucha el pesado sonido del chasquido. El pesado sonido del chasquido. ¡Escuche!»

Permaneció inmóvil de pie y la obligó a escuchar. La tarde estaba bastante avanzada. La extraña risa que brotó de su cara hizo pensar a Daphne que el aire se había oscurecido. Y a punto estuvo de creer oír un débil, fino golpeteo, un chasquido, a través del aire, un delicado y ruidoso chasquido.

«¿Lo oye? ¿Sí? ¡Oh, si pudiera vivir largo tiempo! ¡Si pudiera vivir largo tiempo, de modo que mi martillo golpeará y golpeará, y los golpes fueran cada vez más y más



profundos! ¡Ah, el mundo de los hombres! ¡Ah, la alegría, la pasión en cada latido! Golpea el hogar, golpea la verdad, golpea la certeza. Golpea para destrozarlo todo. ¡Golpea! ¡Golpea! Para destruir el mundo de los hombres. Ah, Dios. Ah, Dios, prisionero de la paz. ¿Acaso no la conozco, Lady Daphne? ¿no la conozco? ¿no la conozco?»

Ella permaneció en silencio durante unos instantes, mirando a las hojas, hacia las luces que parpadeaban allá, en la estación.

«Tampoco el gallardo lirio de su cuerpo. No quiero reunir flores para mi ostentosa vida. Pero en la fría oscuridad, su flor echa raíces, Lady Daphne. Ah, sí, lo sabrá toda su vida, que yo sé dónde están enterradas sus raíces, con toda su tristeza, su efímera tristeza hacia la vida. ¡Qué importa!

Habían caminado lentamente hasta la casa. Ella no decía nada. Luego, en un peculiar tono de voz, dijo:

«¿Y nunca querrá darme un beso?»

«¡Ah, no!» le respondió con aspereza.

Ella le tendió la mano.

«Adiós, conde Dionys,» pronunció lenta y pesadamente, con elegancia. El se inclinó ante su mano, pero no se la besó.

«Adiós, Lady Daphne.»

Ella se marchó, con una mueca severa en su frente. Y de allí en adelante sólo pensó en su marido, en Basil. Hizo que el conde desapareciera de su vida. Basil estaba al llegar, no tardaría mucho. Llegaría de regreso del este, de la guerra y de la muerte. Ah, había tenido que atravesar un terrible fuego de experiencias. Sería alguien nuevo, alguien a quien ella no reconocería. Era otra persona, un amante más vigoroso que venía de atravesar un fuego terrible, y había salido convertido en una persona diferente, extraña, como un

dios. Ah, qué distinto y terrible sería su nuevo amor, puro e intensificado por la terrible llama del sufrimiento. Un nuevo amante —un nuevo novio— una nueva, sobrenatural noche de novios. Se estremecía con anticipación, esperando la llegada de su marido. Apenas notó la salvaje excitación producida por el Armisticio. Aguardaba algo aún más maravilloso para ella.

Y, con todo, cuando escuchó su voz en el teléfono, su corazón se contrajo con miedo. Era la voz que ella tan bien conocía, deliberada, tímida, casi lenta, con el mismo sutil deje de deferencia, con la notoria exagerada entonación de Cambridge, con altibajos. Pero había algo distinto, un nuevo tono helador que surgía de sus venas casi muertas.

«¿Eres tú, Daphne? Me reuniré contigo en media hora. ¿Estás bien, verdad? Sí, en cuanto llegue a tierra iré directamente hacia allí. Sí, en taxi. ¿Tal vez se te haga todo esto demasiado súbito? ¿No? ¡Dios, oh Dios! ¡Entonces, en media hora! Una cosa, Daphne. Quisiera que no hubiera nadie más. Solos tú y yo. ¡Dios mío! Puedo llamar a papá más tarde. Sí, espléndido, espléndido. ¿Segura que estás bien, cariño? Hasta que no te vea estaré en el umbral de la muerte. Sí. Adiós — media hora. Adiós.»

Cuando Daphne descolgó el auricular se sentó casi desmayada. ¿Qué era lo que tanto miedo le daba? Su terrible, terrible y alterada voz, como helada, de acero, de acero azul. No tenía tiempo para pensar. Llamó a la doncella.

«Oh, señora, ¿no hay malas noticias, verdad?» gimoteó Millicent, cuando vio que su señora estaba pálida como la muerte.

«No. Buenas noticias. El mayor Apsley estará aquí dentro de media hora. Ayúdame a vestirme. Llama primero a Murry para que envíen rosas, de color rojo, y algunos lirios

de color lila — dos docenas de cada, en seguida.»

Daphne fue a su habitación. No sabía qué ropa ponerse, ni cómo debía peinarse para la ocasión. Habló a toda prisa a la doncella. Eligió un vestido de color morado. No sabía ni dónde tenía la cabeza. Cuando estaba a medias vestida, llegaron las flores, y dejó lo que estaba haciendo para colocarlas en jarrones. De manera que cuando oyó su voz en el recibidor, todavía seguía frente al espejo pintándose de rojo los labios y volviéndose a quitar de nuevo el carmín.

«El mayor Apsley, señora!» susurró la doncella con excitación.

«Sí, puedo oírle. Ve y dile que estaré lista en un minuto.»

La voz de Daphne se había vuelto pausada y sonora, como de bronce, como siempre le ocurría cuando estaba trastornada. Su cara parecía casi ojerosa, y trató en vano de ocultarlo dándose un ligero toque de colorete.

«¿Qué aspecto tiene?» preguntó secamente, cuando la doncella regresó.

«Tiene aquí una larga cicatriz,» dijo la doncella, y alargó el dedo desde la esquina izquierda de la boca hasta la mejilla, inclinándose hacia abajo.

«¿Le hace parecer muy diferente?» preguntó Daphne.

«No *tan* diferente, señora,» respondió Millicent amablemente. «Sus ojos son los de siempre, creo.» La chica también estaba angustiada.

«Bien,» dijo Daphne. Se echó una última y larga mirada en el espejo antes de volverse. La vista de su propio rostro le hizo sentirse casi enferma. Se había visto muchas veces. E incluso ahora estaba fascinada ante la pesada inclinación de sus párpados con rasgos lilas cayendo sobre

sus tranquilos, extraños, largos y azulados ojos verdes. Su mirada era misteriosa. Y volvió a echarse una mirada larga, oblicua, curiosa y chinesca. ¿Cómo es posible que hubiera en su rostro un toque chino? — ella, una inglesa tan pura y tan rubia, una Afrodita de espuma, como Basil la había llamado poéticamente. ¡Ah, bueno! Disipó todos esos pensamientos y a través del pasillo se dirigió hasta el salón.

El estaba en medio de la habitación, nervioso y en uniforme. Ella le miró a duras penas a la cara — y sólo vio la cicatriz.

«Hola, Daphne,» dijo, con una voz llena de la emoción esperada. Dio un paso hacia adelante y la tomó en sus brazos, y la besó en la frente.

«¡Qué alegría! ¡Qué alegría que haya por fin sucedido,» dijo Daphne, ocultando las lágrimas.

«¿Qué alegría que haya ocurrido el qué, cariño?» preguntó él en su deliberado modo habitual.

«Pues que hayas regresado.» Su voz tenía la resonancia del bronce, hablaba bastante deprisa.

«Sí, he regresado, querida Daphne — he traído de mí todo lo que he podido traer.»

«¿Qué ocurre» preguntó. «¿No has vuelto a casa entero?» Estaba atemorizada.

«Sí, en apariencia al menos. En apariencia. Pero no hablemos de ello. Hablemos de ti, querida. ¿Cómo estás? Déjame que te vea. Estás más delgada, y más mayor. Pero estás más maravillosa que nunca. Mucho más maravillosa.»

«¿En qué sentido?» dijo.

«No sabría explicártelo exactamente. Sólo eras una chica. Ahora eres una mujer. Supongo que eso es todo lo que ha ocurrido. Pero eres una maravilla como mujer, querida Daphne — más maravillosa que todo cuanto ha

sucedido. No hubiera creído que ibas a estar tan maravillosa. Lo había olvidado — o tal vez no me había dado cuenta nunca. Realmente, soy un tipo con suerte. Aquí estoy, vivo y coleando, y te tengo a ti por esposa. Te has abierto como una flor. Quiero decir, cariño, que aquí hay algo más que una Venus de espuma — algo más espléndido. ¡Qué hermosa eres! Eres casi como la belleza de toda la vida — como si fueras la madre-luna del mundo — Afrodita. Después de todo, Dios es bueno conmigo, cariño. Nunca debiera quejarme lo más mínimo. ¡Qué encantadora eres! — ¡qué encantadora eres! Había olvidado cómo eras — y yo que creía saberlo tan bien. ¿Es cierto que me perteneces? ¿eres realmente mía?»

Estaban sentados en el sofá amarillo. El le había tomado de la mano, y sus ojos iban de un lado a otro, de su cara a su garganta y a su pecho. El sonido de las palabras, y el fuerte, frío deseo de su voz la excitaban, le producían placer, e hizo que su corazón se congelase. Ella se volvió y le miró a sus azules ojos. Ya no tenían aquél brillo tan divertido, ni la mirada de la juventud. Pero ardían con una luz dura y fija, casi blanquecina.

«Muy bien. Así que eres mía. ¿No es así, Daphne?»  
llegó otra vez su voz culta y musical, que siempre tenía ese tañido tan bien educado de la timidez.

Ella le miró a los ojos.

«Sí, soy tuya,» dijo, con los labios.

«¡Cariño! ¡Cariño!» susurró, besando su mano.

El corazón de ella comenzó a latir con tal violencia, que parecía fuera a romper su pecho, y con un gesto se puso en pie y cruzó la habitación. Apoyó la mano en la repisa de la chimenea y bajó la mirada hacia la estufa eléctrica. Podía oír el tenue sonido que producía. Hubo un silencio durante unos

momentos.

Luego, ella se volvió y le miró. Basil la miraba atentamente. Su rostro era enjuto, y emanaba una palidez mortal, a pesar de que sus mejillas no eran blancas ni pálidas. La cicatriz surgía lívida desde un lado de la boca. No era demasiado larga. Pero parecía una cicatriz dentro de él mismo, en su cerebro, de alguna manera. En sus ojos brillaba aquella dura, blanca y fija luz que la fascinaba y aterrorizaba. Era un hombre distinto. Era como la muerte, como una muerte resucitada. Sintió que no se atrevía a tocarle. Llevaba aún encima la blanca muerte. Le podía decir que se acobardaba con una suerte de agonía ante todo contacto. «No me toques, aún no he ascendido hasta el Padre.» Pero era por ese contacto que había vuelto. Algo, alguien parecía estar mirándola por encima del hombro. Su propio fantasma de la juventud la miraba por encima del hombro. ¡Oh, Dios mío! Daphne cerró los ojos, creyendo que iba a desmayarse. El permaneció inclinado hacia adelante en el sofá, mirándola.

«¿No estás bien, cariño?» le preguntó. Hubo una extraña, incomprensible frialdad en su mismo fuego. El no se movió para ir junto a ella.

«Sí, estoy bien. Sólo ocurre que todo esto ha ocurrido tan deprisa. Déjame que me acostumbre a ti,» dijo, apartando su rostro. Se sintió totalmente como una víctima de su pálida y terrible cara.

«Supongo que ello debe de ser para ti como un pequeño shock,» dijo. «Espero que no vayas a dejar de quererme. No lo harás, ¿verdad?»

Qué frialdad más extraña había en su voz! Y al mismo tiempo, aquél pálido y misterioso fuego.

«No, no voy a dejar de quererte,» admitió ella, en un tono bajo de voz, casi como avergonzada. No se hubiera

*atrevido* a decir otra cosa. Y al decirlo lo hizo parecer verdad.

«Ah, al menos, estás segura de eso,» dijo. «Ya sé que soy una visión bastante fea para contemplar, con esta cicatriz de guerra. Pero trata de perdonármela, cariño. ¿Crees que podrás hacerlo?». Había en su voz algo así como coacción.

Ella le miró, y tembló levemente.

«Te quiero — más que antes,» se apresuró a responder.

«¿Con cicatriz incluida?» resonó otra vez su terrible e inquisidora voz.

Ella le miró otra vez, con esa mirada lenta, chinesca y oblicua, y sintió que querría estar muerta.

«Sí,» le dijo, mirando hacia la nada. Era un momento muy duro para ella. Una pequeña, leve y estúpida sonrisa se dibujó en su rostro.

Basil de repente se arrodilló a sus pies, y besó la punta de su zapatilla, y luego besó el empeine, y el tobillo y la media gruesa y negra.

«Lo sabía,» le dijo con voz apagada. «Sabía que tú todo lo convertirías en bueno. Sabía que si tenía que arrodillarme, lo haría ante ti. Sabía que eras divina, que eras única — Cybeles — Isis. Sabía que era tu esclavo. Lo sabía. Sólo ha sido una larga iniciación. Tenía que aprender a adorarte.»

Besó sus pies una y otra vez, sin la más mínima timidez, o el más mínimo recelo. Luego, volvió otra vez al sofá, y se sentó allí mirándola, y dijo:

«No es amor, es adoración. El amor entre tú y yo será un sacramento, Daphne. Eso es lo que tengo que aprender. Estás por encima de mí. Eres para mí un misterio.

Dios mío, qué estupendo es todo esto. ¡Qué maravilla!

Ella permanecía en pie con su mano apoyada en la repisa de la chimenea, mirando al suelo y sin decir nada. Estaba asustada — casi horrorizada: pero también estaba emocionada hasta lo más hondo de su ser. Realmente se sentía capaz de brillar con una luz blanca e iluminar el universo entero como si fuera la luna, Astarte, Iris, Venus. La grandeza de su propio y pálido poder. El hombre la adoraba religiosamente, no sólo amorosamente. Ella estaba dispuesta para él — el sacramento de su adoración suprema.

Basil se sentó en el sofá con las manos extendidas en el brocado amarillo y las echó hacia atrás, por debajo de la profunda tapicería del respaldo del asiento. Tenía unas manos largas y blancas con pecas claras. Y sus dedos tocaron algo. Con sus largos y blancos dedos buscó a tientas y lo sacó. Era el dedal perdido. Y dentro estaba el trocito arrugado de papel azul.

«Vaya, ¿es *tuyo* este dedal?» preguntó.

Daphne se sobresaltó y se apresuró a cogerlo.

«¿Dónde estaba?» dijo, agitada.

Pero él no se lo entregó. Le dio la vuelta y sacó el trocito de papel azul. Vio las débiles marcas de lápiz en el ovillo fijado al dedal, desenrolló la banda de papel, y lentamente descifró el verso.

«Wenn ich ein Vöglein wär»

Und auch zwei Flüglein bätt»

Flögr ich zu dir—»

«Qué terriblemente conmovedor es,» dijo. «Un *Vöglein* con dos pequeños *Flugein*! ¡Eres una chiquilla maravillosa y preciosa! ¿A dónde quisieras ir volando, si fueras un *Vöglein*?» El la miró con una curiosa sonrisa.

«No lo recuerdo,» dijo, apartando la cara.



«Espero que vinieras a mí,» dijo. «De todas maneras, imaginaré que era así, y aún te querré más por ello. ¡Qué chiquilla adorable! Un *Vöglein* te gustaría ser, con dos pequeñas alas! Es absurdamente hermoso, muy propio de ti!»

Dobló con cuidado el pedacito de papel, y lo guardó en su cartera, sosteniendo el dedal todo ese tiempo entre sus rodillas.

«Dime cuándo lo perdiste, Daphne,» dijo, examinando la fruslería.

«Hace un mes — o dos.»

«Hace un mes — o dos. ¿Y qué estabas cosiendo? ¿Te importa si te lo pregunto? Me gustaría imaginármelo. Yo todavía estaba en ese detestable El Hasrun. ¿Qué cosías, querida, hace dos meses, cuando perdiste el dedal?»

«Una camisa.»

«¡Vaya, una camisa! ¿Y para quién?»

«Para ti.»

«Bien. Ahora sí que nos hemos encontrado. ¿De veras cosías una camisa para mí? ¿Puedo ponérmela ahora mismo?»

«Todavía no está acabada, pero la primera si lo está.»

«Entonces, cariño, déjame que me pruebe ésa. ¡Pensar que podré tenerla pegada a mi piel! Será como sentirte junto a mí, abrazándome. ¡Qué maravilloso será! ¿No me la vas a traer?»

«¿Y tú no vas a devolverme el dedal?»

«Sí, claro. ¡Qué dedal más noble! ¿Quién te lo dio?»

«El conde Dionys Psanek.»

«¿Quién era?»

«Un conde de Bohemia, en Dresden. Una vez estuvo

con nosotros en Thoresway — con una esposa muy alta. ¿No te fijaste en ellos?»

«No, creo que no. No, de veras. No lo recuerdo. ¿Cómo era?»

«Era un hombre pequeño con el pelo negro y frente profunda y sombría.»

«No, no lo recuerdo en absoluto. Así que él te lo dio. Vaya, me pregunto dónde estará ahora. Probablemente pudriéndose, pobre diablo.»

«No, está internado en Voynich Hall. Mi madre y yo hemos ido varias veces a visitarle. Estaba muy mal herido.»

«¡Pobre pequeño diablo! ¡En Voynich Hall! Iré a verle antes de que se marche. Qué raro, que él te diera este dedal. ¡Un extraño regalo! En aquella época eras una muchacha. ¿Crees que lo hizo él mismo, o que lo compró en una tienda?»

«Creo que perteneció a su familia. La mariquita del remate forma parte de su blasón — y la culebra también, creo.»

«¡Una mariquita! Curioso elemento para un blasón. Los americanos dirían que es una chinche. Tengo que verle antes de que se vaya. ¡Y tú estabas cosiendo una camisa para mí! Y luego echaste al sofá esta pequeña carta para que la recibiera a mi llegada. Bueno, estoy terriblemente contento de haberla *recibido*, y de que no se extraviara en correos, como tantas otras cosas. *Wenn ich ein Vöglein wär'* — ¡qué chiquilla! Pero ése es el lado hermoso de una mujer como tú: por una parte, eres soberbia y adorable, y por otra, ingenua y exquisita como un niño. ¿Quién puede evitar amarte y adorarte al mismo tiempo, siendo mortal e inmortal como eres? Ah, ¿quieres el dedal? Toma. Dedos blancos y maravillosos, maravillosos. Ah, cariño, eres aún más diosa

que de niña, tú, esbelta y ágil Isis de manos sagradas. ¡Blanca, blanca e inmortal! No me digas que tus manos pueden morir, cariño: tus maravillosos dedos de Proserpine. Son inmortales como febrero y las campanillas. Si levantas la mano llega la primavera. No puedo evitar caer de rodillas ante ti, amor mío. Sólo soy para ti un sacrificio, una ofrenda. Ojalá pudiera morir dándotelo todo, ofrendarte toda mi sangre en tu altar, para siempre.»

Ella le miró con una larga y lenta mirada, mientras él volvía la cara hacia ella. Su rostro estaba pálido, extasiado. Y Daphne no estaba asustada. De alguna manera, saturnina, sabía que era absurdo. Pero eligió no saberlo. Una suerte de desvanecimiento se había apoderado de ella. Con sus reposados ojos azul-verdosos miraba al rostro extasiado, casi benigno, de él. Pero con su mano derecha inconscientemente apretaba el dedal con firmeza, dándole a Basil únicamente la mano izquierda. El tomó su mano y se la llevó a los labios con ese curioso éxtasis sacerdotal que a los ojos de ella lo hacía ser más que un hombre o un soldado, más, mucho más incluso que un amante.

Sin embargo, su regreso al hogar la hizo comenzar a sentirse enferma otra vez. Más tarde, luego del amor, vendría ese comportamiento atormentado. Para vergüenza y dolor suyo, sabía que todavía no estaba restablecida del todo, o no lo bastante, al menos, para soportar esa terrible efusión de adoración y lujuria. No era culpa suya que se sintiera débil y displicente de allí a poco, y que sintiera ganas de llorar y de quejarse y de ser petulante, y que en suma, quisiera que alguien la salvara. No podía pedir ayuda a Basil, su marido. Tras su éxtasis de adoración y lujuria, ella retrocedía ante él. Ay, ella no era la diosa, la soberbia persona que él nombrara. Estaba agrietada con la fatal humildad de su edad. No podía

endurecer su corazón ni dar fuego a su alma en aras de esa humildad, de ese temor. Finalmente, Daphne no podía creer en su propia divinidad de mujer — solamente en su propia mortalidad femenina.

Ese poder salvaje de estar solo, incluso con tu amante, el poder salvaje de la mujer *in excelsis* — ay, ella no lo podía soportar. Podía subir hasta ponerse a la altura del tiempo, la incandescente, trascendente feminidad de la intensa luna. Pero, ay, no podía permanecer intensificada y resplandeciente. Se relajaba, perdía su gloria, y se tornaba inquieta. Inquieta y enferma y siempre intranquila. Y luego, naturalmente, su hombre se tornó ceniciento y algo áspero, mientras ella padecía de los nervios y no podía comer.

Por supuesto, comenzó a soñar con el conde Dionys: a suspirar melancólicamente por él. Y tuvo el fatal pensamiento de que pronto se marcharía. Cuando pensó eso —que pronto abandonaría Inglaterra— que se perdería en las tinieblas para siempre — entonces la última chispa pareció morir en ella. Sintió que su alma perecería, mientras que ella misma se desgastaba y perdía el alma como una prostituta. Una divina prostituta. Y su marido, el flaco, pálido e intenso sacerdote de ella, que nunca cesaba de estar ante ella, puro acto de lujuria.

«Mañana,» le dijo, reuniendo su último coraje y mirándole de soslayo, «quiero ir a Voynich Hall.»

«¿Para qué? ¿para ver al conde Psanek? ¡Oh, Dios! Yo también iré. Me gustaría mucho visitarle. No creo que pase mucho tiempo antes de que lo envíen a casa.»

Faltaban quince días para la Navidad, una época desapacible. Su marido vistió el color caqui. Ella se puso sus pieles negras y un velo de encaje negro sobre su cara, de manera que la hacía parecer aún más misteriosa. Pero levantó

el velo y lo aseguró por detrás, de modo que en su parte delantera parecía un bastidor de bordar. Su aspecto era encantador — su rostro puro como la flor más pálida y natural, realzada con claveles de invierno, en medio de la negrura de sus paños y pieles. Era tal vez el vivo retrato de una belleza de hoy día: el vivo retrato de algo actual. Sabía a medias que Dionys la odiaría por su efectiva belleza. En cuanto a ella, amaba su belleza casi hasta la obsesión.

El conde fue hacia ellos con cautela, examinando la graciosa figura de Lady Daphne así como la del enjuto y bien educado Mayor, junto a ella. Daphne estaba tan bella dentro de sus pieles negras, el encaje negro del velo echado hacia atrás, y su bello rostro como el de una flor de invierno en medio de una oscura grieta. Pero en su rostro, a pesar de esa sonrisa de tranquila autosatisfacción por su belleza y por saber que tenía a dos hombres colgados de ella, y a todos los oficiales prisioneros puestos en violenta alerta, el conde podía leer la aspereza de insatisfacción y de ineficacia. Y apartó la mirada de la lívida cicatriz en la mejilla del Mayor.

«Conde Dionys, quería traer a mi marido para que le conociera. ¿Puedo presentárselo? Mayor Apsley — conde Dionys Psanek.»

Los dos hombres se dieron la mano con notoria frialdad.

«No me es difícil simpatizar con usted viéndole en un lugar como éste,» dijo Basil en su reposada y sencilla actitud. «Yo también lo odiaba, se lo aseguro, cuando estaba allá, en el este.»

«Pero sus condiciones eran mucho peores que las mías,» sonrió el conde.

«Bueno, tal vez lo fueran. Pero la prisión es la prisión, aunque esté en el cielo.»

«Lady Apsley ha sido un ángel en mi cielo,» sonrió el conde.

«Me temo que resultaba de tan poca utilidad como la mayoría de los ángeles,» dijo Daphne.

La pequeña sonrisa permanecía siempre en el rostro oscuro del conde. Era tal y como ella lo había expresado, es decir, en absoluto intelectual, su negro pelo cayendo oscuro sobre su frente, y sus cejas dibujando un espeso arco sobre sus negros ojos, que para entonces ya tenían unas largas y oscuras pestañas. De modo que la parte superior de su casa parecía realmente oscura y sombría. Su nariz era pequeña y casi traslúcida. Había un toque de burla en él, que se hallaba intensificado debido a su estatura pequeña y llena de energía. Todavía continuaba vestido cuidadosamente con su uniforme azul oscuro, cuya pobreza no podía ocultar la sombría llama de vida que parecía brillar desde su cuerpo a través de la ropa.

«¿Cree que aún podría haber hecho más?» rió, lanzándole una ambigua mirada.

«Oh, claro, un ángel a domicilio — una heroína del cine,» replicó ella, cerrando los ojos y mirando a otro lado.

Mientras tanto, el Mayor, con su gran estatura y su pálido rostro, observaba al pequeño hombre y lo escudriñaba de un modo fijo y una media sonrisa. El conde debió de notarlo. Se volvió hacia el caballero inglés.

«Me alegra poder felicitarle, Mayor Apsley, por haber regresado sano y salvo a casa.»

«Gracias. Espero devolverle su felicitación del mismo modo antes de que pase mucho tiempo.»

«Oh, sí,» dijo el conde. «Creo que pronto me repatriarán en barco.»

«¿Tiene noticias de su familia?» le interrumpió

Daphne.

«No, ninguna,» replicó lacónico, con súbita gravedad.

«Parece que encontrará una gran confusión allá, en Austria,» dijo Basil.

«Sí, es probable. Eso es lo que esperamos, sí,» replicó el conde.

«En fin, a veces las cosas no son tan malas como parecen. Eso es precisamente lo que ha ocurrido, por ejemplo, en mi caso,» dijo el Mayor.

«¿A veces las cosas no son tan malas como parecen?» repitió el conde, con una entonación de educada interrogación.

«Bueno, usted ha conseguido un mayor grado de consciencia, y por tanto, de vida. Así pues, es un mayor grado en el campo del amor. Un sorprendente mayor grado en el campo del amor, cosa de la que ni siquiera había sospechado hasta ahora.»

El conde miraba de Basil a Daphne, cuya cabeza había adoptado una postura de timidez.

«Entonces, está claro que la guerra ha resultado de gran utilidad,» dijo.

«¡Exactamente!» exclamó Basil. «Ahora soy otro hombre.»

«¿Y Lady Apsley?» inquirió el conde.

«Oh,» Basil levantó la vista hacia Daphne — «es absolutamente otra mujer — y mucho más maravillosa, más extraordinaria.»

El conde sonrió y se inclinó levemente.

«Cuando la conocimos hace ahora diez años, hubiéramos dicho que era del todo imposible,» dijo, «que fuera aún más maravillosa.»

«¡Oh, seguro!» admitió el marido. «Siempre parece imposible. Pero lo imposible sucede continuamente. De hecho, creo que la guerra nos ha puesto ante una nueva etapa de nuestra vida — ante una pista más ancha y larga.»

«Puede que sea así,» dijo el conde.

«¿No le ocurre a usted algo parecido?» El Mayor miró con su penetrante, piadosa atención al rostro oscuro y de aspecto poco intelectual del otro hombre. El conde miró sonriendo a Daphne.

«Yo todavía sigo siendo sólo un prisionero, así que mi pista es de dimensiones reducidas.»

«Sí, claro. Le entiendo. En fin, le deseo que pronto deje de ser un prisionero. Seguro que se muere de ganas por regresar a casa.»

«Sí, me alegrará ser libre. También,» sonrió, «perderé mi prisión y mis visitas angelicales.»

Ni siquiera Daphne estaba segura de no estar burlándose de ella. Era evidente que la visita no le complacía nada. Vio que no le agradaba Basil. Más aún, pudo darse cuenta de que la alta presencia de su adusto, idealista marido le resultaba odiosa al atezado personaje. Pero él todo lo disimulaba con sonrisas y bonitas palabras.

Por su parte, Basil estaba casi fascinado por el conde. Todo el tiempo le miraba absorbido, olvidándose completamente de Daphne. Ella lo sabía. Sabía que estaba muy lejos del estado consciente de su marido, como una lámpara que ha sido llevada a otra habitación. Allí estaba él de pie en la oscuridad, tan interesado como lo estaba ella, y toda su atención centrada en el otro hombre. En su pálido, adusto rostro había una sonrisa inmutable de divertida atención.

«¿Pero no se siente terriblemente aburrido,» dijo él,



«entre las visitas?»

El conde levantó la mirada con afectada franqueza.

«No, en absoluto,» dijo. «¿Sabe? Puedo meditar acerca de las cosas que van a suceder.»

«Creo que es ahí cuando el daño puede sobrevenir,» replicó el Mayor. «Uno se sienta y reflexiona, y rompe con todo, y al final se acaba perdiendo el contacto con la realidad. Ese es el efecto que tuvo en mí, cuando estaba prisionero.»

«¿El contacto con la realidad? ¿Y eso qué es?»

«Bueno — el contacto con los demás, o — con las cosas.»

«¿Por qué tiene uno que estar en contacto?»

«Bueno, pues porque debe estarlo,» dijo Basil.

El conde sonrió levemente.

«Pero puedo sentarme y observar al hado revolotear, como un pozo de aguas oscuras, en lo más profundo de mi ser,» dijo. «Puedo sentir que ahí, en las zonas más oscuras de mi ser, están ocurriendo cosas.»

«Puede ser. Pero sea lo que sea, al final sólo hay una cosa en realidad. El contacto entre su propio ser y el ser de otra cosa, o de muchas otras cosas. Nada más puede sucederle al hombre. Así es como lo imagino para mí mismo. Puede ser que me equivoque. Pero así es como lo imaginaba cuando estaba herido y era un prisionero.»

La cara del conde estaba sombría y seria.

«¿Pero ese contacto es un objetivo en sí mismo?» preguntó.

«Bueno,» dijo el Mayor «tiene sus grados en filosofía — a mí así me lo parece. Resulta inevitable en determinadas formas de actividad. Pero la causa y origen y fuerza vital de toda acción o actividad, tanto si es constructiva como si no,

en mi opinión reside en el contacto dinámico entre los seres humanos. Usted renuncia a un cierto contacto dinámico entre los hombres, y lo que obtiene es la guerra. Otra suerte de contacto dinámico, y conseguirá que entre todos construyan una catedral, tal y como hicieron en la Edad Media.»

«Pero y no eran la guerra, o la catedral, el verdadero objetivo, y el contacto emocional simplemente el medio?» dijo el conde.

«Yo no lo creo así,» dijo el Mayor, y la curiosa blanca pasión comenzó a brillar en su rostro. Los tres estaban sentados en una pequeña habitación de jugar a cartas, en donde les habían dejado solos por cortesía de los demás hombres. Daphne seguía vestida con su oscuro y en exceso conveniente ropaje. Pero ay, allí sentada era ignorada por los dos hombres. En vista del poco caso que le hacían, se diría que no era más que un horrible y feo cero a la izquierda. Se sentó junto a la silla de la ventana de la pequeña y triste habitación con una mirada de descontento en su exótico, extraño rostro, que era tan delicado como una pálida y rosácea flor de invernáculo. De tanto en tanto lanzaba una mirada larga y tranquila a un hombre y al otro: a su marido, cuyo rostro cenizo, intenso y blanquecino brillaba como presionado hacia adelante en la mesa, a cuyo extremo se hallaba el conde, sentado hacia atrás en su silla, como haciéndole frente, y cuyo oscuro rostro parecía estar recogido en una mirada fija, torva y poco dispuesta. Su marido no se daba cuenta de nada excepto de su propia y rubia identidad. Pero el conde disponía aún de una vena de consciencia secundaria que rondaba alrededor suyo y que le hacía permanecer al tanto de la mujer sentada junto a la ventana. El resto de la totalidad de su cara, y su expresión (la mirada hacia adelante) estaban concentrados en Basil. Pero

algo tras de sí le hacía no perder de vista a Daphne. Ella estaba sentada pero se sentía incómoda, descontenta, como suelen sentirse siempre las mujeres cuando los hombres se entablan en una combustión de palabras. Al mismo tiempo, seguía el argumento. Resultaba chocante que, a la vez que sus simpatías en ese momento estaban del lado del conde, sin embargo eran las palabras de su marido las que juzgaba como juiciosas. El contacto, el contacto emocional era lo único real; mientras que el llamado «propósito» era sólo el subproducto. Incluso las guerras y las catedrales no eran para ella más que subproductos. Lo único real era lo que guerreros y constructores de catedrales tenían en común, un extraordinario sentimiento capaz de unir, en su caso, aquello que ambos sentían el uno por el otro, y por sus mujeres en particular, claro está.

«Pero hay muchas y extraordinarias clases de contacto,» dijo Dionys.

«Mire, ¿sabe una cosa?,» dijo el Mayor, «a mí me parece que únicamente existe un supremo contacto, el contacto del amor. Escuche, el amor puede tomar una infinita variedad de formas. Y en mi opinión, ninguna forma del amor es mala, siempre que sea amor, y de alguna manera *honre* a quien lo lleve a cabo. ¡El amor tiene una variedad extraordinaria de formas! Y eso es todo lo que hay en la vida, me parece a mí. Pero admito que, si usted niega la *variedad* del amor, niega al mismo tiempo el amor mismo. Si trata de especializar el amor en una serie de sentimientos aceptados, herirá la propia alma del amor. El amor *tiene que* ser multiforme, de lo contrario es sólo tiranía, sólo muerte.»

«¿Pero y por qué llamar a todo *amor*?» dijo el conde.

«Porque a mí me parece que es amor: ese gran poder

que atrae a los seres humanos, sin importar cuál pueda ser la consecuencia del contacto. Claro está que hay también odio, pero el odio sólo es el retroceso del amor.»

«¿Cree usted que el antiguo Egipto estaba basado en el amor?» preguntó Dionys.

«¡Qué! ¡pues claro! Y tal vez en el amor más multiforme, más comprensivo que jamás haya habido en el mundo. Todo nuestro sufrimiento actual es debido a que nuestro camino hacia el amor es estrecho, exclusivo, y por tanto en absoluto amor; es más bien muerte y tiranía.»

El conde sacudió lentamente la cabeza, sonriendo lentamente aunque con tristeza.

«No,» dijo. «No. Eso no está bien. Tiene que utilizar otra palabra que no sea *amor*.»

«No estoy en absoluto de acuerdo,» dijo Basil.

«¿Qué otra palabra?» dijo a bulto Daphne.

El conde la miró.

«Obediencia, sumisión, fe, creencia, responsabilidad, poder,» dijo escogiendo las palabras lentamente, como si buscara aquella que quería, sin llegar a encontrarla nunca. La miró a los ojos con sus ojos tranquilos y oscuros. Era extraño, a ella le disgustaba lo intenso de sus palabras, pero al mismo tiempo le gustaba él. Por otro lado, creía absolutamente en lo que su marido había dicho, a pesar de que su simpatía física estaba en contra de él.

«¿Está de acuerdo, Daphne?» preguntó Basil.

«En absoluto,» replicó, lanzando una pesada mirada a su esposo.

«Yo tampoco,» dijo Basil. «A mí me parece que, si amas, no hay obediencia ni sumisión, excepto hacia el alma del amor. Si quiere decir obediencia, sumisión, y todo lo demás, al alma del amor en sí, entonces estoy de acuerdo.»

Pero si quiere decir obediencia, sumisión de una persona a otra, y un hombre teniendo poder sobre los otros — No estoy de acuerdo, y nunca lo estaré. Me parece que es justamente ahí donde nos hemos equivocado. El Emperador Wilhelm II quería poder—»

«No, no,» dijo el conde. «Era un saltimbanqui. No tenía concepto alguno de la sacralidad del poder.»

«Demostró ser muy peligroso.»

«Oh, sí. Pero la paz puede ser más peligrosa incluso.»

«Dígame, entonces. ¿En su opinión usted, como aristócrata que es, debería tener un poder feudal sobre cientos de otros hombres, a quienes hubiera tocado en suerte nacer siervos, en lugar de aristócratas?»

«No como un aristócrata por herencia, pero sí como un *hombre* aristócrata por naturaleza,» dijo el conde, «es mi sagrado deber disponer de las vidas de otros hombres, y dar una forma u otra al asunto. Pero nunca podría cumplir mi destino hasta que los hombres no pongan de buena gana sus vidas en mis manos.»

«¿No creará que ello vaya a ocurrir?» sonrió Basil.

«En este momento no.»

«¡Y en cualquier otro momento!» El Mayor se mostró sarcástico.

«En un cierto momento los hombres que estén realmente vivos vendrán a suplicar que se les deje poner sus vidas en manos de los mejores hombres de entre ellos, suplicarán a los mejores hombres que asuman la sagrada responsabilidad del poder.»

«¿De veras lo cree? Tal vez se refiera a hombres que al final comiencen a elegir líderes a quienes *amarán,*» dijo Basil. «Me gustaría que lo hicieran.»

«No, me refiero a que por fin se someterán ante hombres mejores que ellos: que se conviertan en vasallos por propia voluntad.

«¡Vasallos!» exclamó Basil, sonriendo. «Usted aún vive en la época de los feudales, conde.»

«Vasallos. No de una aristocracia hereditaria — Hohenzollern o Hapsburg o Psanek,» sonrió el conde. «Sino de hombres cuya alma sea excepcional de nacimiento, capaces de estar solos, de elegir y de ordenar. Ese día, las masas acudirán a donde tales hombres y les dirán: «Sois mejores que nosotros. Sed nuestros señores. Tomad nuestra vida o nuestra muerte en vuestras manos, y disponed de nosotros a voluntad. Porque hemos visto luz en vuestro rostro, y calor en vuestros labios.»

El Mayor sonrió durante algunos momentos, realmente resentido y divertido, mirando al conde, que no movía ni un cabello.

«Creo que tiene que ser usted terriblemente ingenuo, si piensa que las modernas masas de hoy día se van a comportar de esa manera. Se lo aseguro, nunca lo harán.»

«¿Si lo hicieran,» dijo el conde, «lo llamaría un nuevo reinado del amor, o algo parecido?»

«Bueno, desde luego, contendría algún elemento del amor. Habría algún elemento del amor en el sentimiento hacia sus líderes.»

«¿Lo cree así? Pensaba que el amor asumía una igualdad en la diferencia. Pensaba que el amor daba a cada hombre el derecho a juzgar los actos de los demás hombres — 'Esto no es un acto de amor, por tanto es erróneo'. ¿No es democracia, y amor, dar a cada hombre ese derecho?»

«Ciertamente,» dijo Basil.

«Ah, pero mi escogido aristócrata diría a todos

aquellos que le han escogido: 'Si me escoges, renunciarás para siempre a tu derecho a juzgarme. Si has elegido libremente seguirme, tienes por tanto que renunciar a tu derecho de criticarme. Ya no podrás aprobarme o desaprobarme. Has llevado a cabo el sagrado acto de la elección. De hoy en adelante, ya sólo puedes obedecer.'

«¿No serían capaces de ayudar con su crítica, en todo eso?» dijo Daphne, un poco a ciegas.

El conde la miró lentamente, y por primera vez en su vida Daphne dudó de lo que iba a decir.

«El día de Judas,» dijo él, «acaba con el día del amor.»

Basil despertó de una suerte de trance.

«Creo, desde luego, conde,» dijo, «que es una idea terriblemente divertida. Un total retroceso a la Edad de las Tinieblas.»

«No es así,» dijo el conde. «Los hombres —la inmensa mayoría de los hombres— nunca antes habían sido libres para llevar a cabo el sagrado acto de la elección. Hoy —pronto— lo serán.»

«Oh, no sé. Muchas tribus eligen a sus reyes y jerarcas.»

«Los hombres nunca antes habían sido libres para elegir: y para saber qué es lo que estaban haciendo.»

«¿Quiere decir que sólo son libres si voluntariamente se echan a cuestras con nuevos amos y señores?»

«Exactamente.»

«Resumiendo, ¿que la vida es un círculo vicioso?»

«En absoluto. Es un círculo que se ensancha continuamente, tal y como dice. Siempre más y más maravilloso.»

«Bueno, todo esto es terriblemente interesante y

divertido — ¿no crees, Daphne? A propósito, conde, ¿dónde deberían estar las mujeres? ¿debería estarles permitido criticar a sus maridos?»

«Sólo antes de casarse,» sonrió el conde. «No después.»

«¡Espléndido!» dijo Basil. «Estoy completamente de acuerdo con ese punto de su esquema, conde. Espero que lo hayas oído, Daphne.»

«Oh, sí. Pero yo sólo estoy casada *contigo*. De manera que tengo derecho a criticar a los otros hombres,» respondió con voz apagada, enojada.

«Exactamente. ¡Sí que eres lista! Así que el conde no se puede librar. Bueno, dinos entonces qué es lo que piensas del esquema aristocrático que el conde ha dispuesto para nuestro futuro, Daphne. ¿Lo apruebas?»

«No, en absoluto. De todas maneras, los hombres bajitos siempre quisieron el poder,» dijo ella con crueldad.

«Oh, bueno, también los hombres altos lo han deseado siempre,» dijo Basil, conciliador.

«También he solido oír,» sonrió el conde, «que los hombres bajitos son siempre tiránicos. ¿Me temo que he ofendido a Lady Daphne?»

«No,» dijo ella. «No, de veras. Esto es de veras divertido. Pero siempre me han disgustado las sugerencias de intimidación.»

«Por supuesto, a mí también,» respondió.

«El conde no tenía intención de intimidar, Daphne,» dijo Basil. «Vamos, hay realmente una permisible distinción entre poder responsable e intimidación.»

«Cuando los hombres tratan de resolverlo,» dijo ella.

Se mostraba altanera y enojada, como si temiera perder algo. El conde le sonrió maliciosamente.



«¿Está ofendida, Lady Daphne? ¿Pero por qué? Usted está a salvo de cualquier chispa que pueda brotar de mi peligrosa y amplia autoridad.»

Basil estalló en una carcajada de risa.

«Es bastante gracioso, que hable del poder y de no ser criticado,» dijo. «Pero me gustaría oír más.»

De regreso a casa, dijo a su mujer:

«¿Sabes?, me gusta ese hombrecillo. Es un curioso gallito. Y le hace a uno pensar.»

Lady Daphne se congeló como si estuviera a cuatro grados bajo cero, bajo el viento norte de esa declaración, y ninguna otra palabra pudo deshelar.

Era realmente curioso, que fuese Basil ahora quien se sintiera atraído por el conde, y Daphne repelida. No porque estuviera atada estrechamente a su marido. En absoluto. Se sentía más bien dolida con los hombres. Pero como con frecuencia suele ocurrir, en esta vida basada en el perverso triángulo, Basil sólo podía mantener su entusiasmo por el conde en presencia de su esposa. Cuando los dos hombres estuvieran solos, estarían violentos, resistentes, difícilmente podrían decirse mutuamente una docena de palabras. Sin embargo, cuando Daphne estaba con ellos, para completar el circuito de las corrientes opuestas, las cosas se sucedían como en una casa en llamas.

Ello, sin embargo, no era de mucho consuelo para Lady Daphne. Únicamente estar sentada como una pasiva medium entre dos hombres afanados en rebatirse disparates filosóficos: un tipo bajito en absoluto intelectual, perteneciente a una raza de esclavos prehistóricos. Pero la razón del rencor contra el intenso, espiritual y pálido rostro de su marido era tan ácido como el vinagre. Abandonada: estaba abandonada entre dos hombres.

¿Qué sería lo próximo? Bueno, cualquier cosa que sucediera sería culpa de Basil. El invierno tocaba a su fin: era obvio que la guerra estaba realmente terminando, Alemania estaba acabada. El Hohenzollern se había apagado como un pobre y diminuto buscapiés, el Hapsburg entraba débil en la oscuridad, el Romanov se hundía en el barro sin un balbuceo. Otro tanto para la realeza imperial. Por tanto, la paz democrática.

El conde, claro está, sería devuelto en barco a su país como bienes devueltos por no tener valor alguno. Se extendía ante todos un nuevo mundo de paz. En una semana o dos, Voynich Hall estaría vacío.

Pero Basil no podía dejar que las cosas siguieran su sencillo curso. Estaba terriblemente intrigado por el conde. Quería alojarlo en casa como a un huésped antes de que se fuera. Y el mayor Apsley podía lograr cualquier cosa que fuera razonable, en el momento actual. Así, obtuvo permiso para que el pobre y bajito conde pasara quince días en Thoresway, antes de ser embarcado con destino a Austria. El conde Beveridge, cuya alma era negra como la tinta desde que estallara la guerra, nunca hubiera permitido que aquel extranjero y enemigo bajito penetrara en su casa, y no por el odio que en él habían despertado, en los dos últimos años, sino por el degradado espectáculo de los llamados patriotas que habían aullado su mestiza indecencia ante la faz del público. Esos perros callejeros habían llegado a la prensa y al público británico en decadencia durante casi dos años. Su único objetivo era degradar o humillar cualquier cosa que quedara en Inglaterra digna de orgullo o de merecimiento. Era casi la peor pesadilla de todas, esa llegada a la cumbre de un montón de inmundicia pública que estaba determinada a asfixiar los espíritus de todos los hombres dignos.

Por eso, el conde, que nunca había intentado agobiarse con la sucia escoria, sucediera lo que sucediera, golpeó con los talones en el suelo y permaneció en pie durante todo ese tiempo. Y cuando Basil le preguntó si permitiría al conde pasar quince buenos días de paz en Thoresway antes de que todo estuviera acabado, Lord Beveridge dio un tímido consentimiento, fuera o no motivo de escándalo. Claro está, fue precisamente para evitar el escándalo que tomó esa decisión. Ya que el recuerdo de sus hijos muertos era amargo para él: y la idea de una Inglaterra atrapada en las garras de los hediondos mestizos lo era aún más.

Lord Beveridge estaba en Thoresway para recibir al conde, que llegó acompañado por Basil. El lord inglés era un hombre alto, bien parecido, bastante fuerte, con un rostro sombrío que debiera haberse mostrado altivo si la altivez no se hubiera vuelto tan ridícula. Era un hombre apasionado, con una apasionada sensibilidad masculina, generoso y de un despotismo instintivo. Pero *su* oscura y apasionada naturaleza, y su violenta sensibilidad se hallaban sometidas ahora a la sutil represión, censura y repudio de sus cincuenta y cinco años, hasta el punto que había acabado por creer en su propia maldad. Su pequeña, frágil esposa, toda amor hacia la humanidad, era un objeto genuino. El mismo se autocalificaba de egoísta, sensual, cruel, etc, etc. Así, en la actualidad, siempre parecía mantenerse a un lado, en la sombra, permitiendo ser eliminado por la pálida chusma de la apresurada democracia. De modo que la impresión que daba era la de un hombre que retrocede, medio avergonzado, medio orgulloso, semiescondido en la penumbra.

Estaba un poco a la defensiva cuando Basil entró con el conde.

«Ah — ¿cómo está, conde Psanek?» dijo, andando a grandes zancadas hacia éste y estrechando su mano. Como era el padre de Daphne el conde sintió una cierta ternura hacia aquél taciturno inglés.

«Me hace usted un gran honor, señor mío, al recibirme en su casa,» dijo el bajito conde orgullosamente.

El lord le miró lentamente, sin hablar: parecía mirar hacia abajo, en un sentido literal de la palabra.

«Todavía somos personas, conde. Aún no somos bestias del todo.»

«¿Quiere usted decir que mis compatriotas son casi como bestias, Lord Beveridge?» sonrió el conde, arrugando su fina nariz.

Otra vez el lord tardó en responder.

«Tiene usted una baja opinión de mis maneras, conde Psanek.»

«Pero quizá una justa apreciación de sus intenciones, Lord Beveridge,» sonrió el conde, con el mismo e irrespetuoso gesto de menosprecio de su nariz.

Lord Beveridge se ruborizó intensamente, ofendido en lo más hondo de su oriundo enfado.

«Le agradezco conde Psanek que me ayude a entender mis propias intenciones,» replicó el conde.

El lord retrocedió, y se sintió estúpido. Dio la espalda al conde. Y luego se dio otra vez la vuelta, ofreciendo su cigarrera.

«¿Quiere fumar?» dijo. Había amabilidad en su tono de voz.

«Gracias,» dijo el conde, cogiendo un cigarrillo.

«Me atrevería a decir,» dijo Lord Beveridge, «que todos los hombres son bestias en un sentido u otro. Me temo que he caído en el común hábito de hablar maquinalmente, y

no decir aquello que realmente quiero.»

«Es solamente como prisionero que he aprendido que *no* soy enteramente una bestia. No, yo soy yo mismo. No soy una bestia,» dijo el conde, sentándose.

El conde inglés le miró con curiosidad.

«Bueno,» dijo, sonriendo, «supongo que es mejor tomar una decisión acerca de ello.»

«Es necesario, si uno quiere estar a salvo de la vulgaridad.»

El lord sintió un respingo de acusación. Con su ágata parda, con una mirada dura de sus ojos escudriñó la pequeña y morena figura del conde.

«Probablemente esté en lo cierto,» dijo.

Pero apartó la cara a un lado.

Eran cinco para cenar — Lady Beveridge estaba allí como anfitriona.

«Ah, conde Dionys,» dijo con un suspiro, «cree usted realmente que la guerra ha terminado?»

«Oh sí,» replicó rápidamente. «La guerra ha terminado. Los ejércitos volverán a casa. Sus cañones no volverán a sonar más. Nunca como ahora.»

«Ah, así lo espero,» suspiró.

«Estoy seguro,» dijo.

«Cree que no volverá a haber más guerras?» dijo Daphne.

Por alguna razón se había vestido con gran finura, con el vestido más nuevo, de color plateado, con felpilla negra y rosa, los hombros al descubierto, y su pelo arreglado según la moda. El conde en su gastado uniforme se volvió hacia ella. Estaba nerviosa, excitada. Su delgado y blanco brazo lo había apoyado cerca de él, con ese poquito de plata en su hombro. Su piel era blanca como una flor de

invernáculo. Sus labios se movían rápidamente.

«Una guerra así nunca más volverá a suceder,» dijo.

«¿Qué le hace estar tan seguro?» replicó ella, mirándole a los ojos.

«La máquina de la guerra está fuera de control. Nunca la pondremos en marcha otra vez, hasta que se caiga a pedazos. ¡Nos daría miedo!»

«¿Pero tendrán todos ese temor?» dijo Daphne, mirando hacia abajo y presionándose la barbilla.

«Así lo creo.»

«Nosotros también así lo deseamos,» dijo Lady Beveridge.

«Le importa si le pregunto, conde,» dijo Basil, «qué opina acerca del modo en que la guerra ha terminado? El modo en que ha terminado para *usted*, quiero decir.»

«¿Quiere decir si Alemania y Austria han perdido la guerra? Era de esperar. Pero todos hemos perdido la guerra. Toda Europa.»

«Estoy de acuerdo con eso,» dijo Lord Beveridge.

«¿Todos hemos perdido la guerra?» dijo Daphne, dándose la vuelta para mirarle.

Había dolor en el rostro sombrío, poco intelectual del conde. Sufría al tener junto a él a la sensitiva mujer. Su piel tenía una delicadeza invernal que le impelían a mirarla. Sus hombros eran anchos, más bien delgados, pero la piel era blanca y delicada, tan delicada como un invernáculo. Ello le afectaba como el perfume de alguna blanca, exótica flor. Y parecía que ella enviara su corazón hacia él. Era como si quisiera presionar su seno contra él. Desde lo más profundo de su corazón le amaba, y le enviaba su amor. Y ello le hacía sentirse infeliz; quería estar tranquila, y mantener su honor ante aquel huésped.

Le miró a los ojos, sus propios ojos oscuros de conocimiento y dolor. Ella, en su silencio y en sus breves palabras, parecía tener a todos bajo un hechizo. Parecía que había lanzado una suerte de mutismo en la mesa, en medio de la cual ella permanecía en silencio dueña de todos, inclinada hacia el plato, y adueñándose en silencio de los presentes.

«¿Que si pienso que todos hemos perdido la guerra?» replicó, respondiendo a su pregunta. «Era una guerra suicida. Nadie podía ganarla. Era suicida para todos.»

«Oh, no sé,» replicó ella. «¿Qué hay acerca de América y Japón?»

«Esos no cuentan. Ellos sólo nos ayudaron para cometer el suicidio. No tomaron parte vital en ello.»

Había una tal mirada de dolor en su rostro, y un tono tal de dolor en su voz, que los otros tres cerraron los oídos, dejaron de escuchar. Sólo Daphne continuó haciéndole hablar. Era ella quien tiraba del alma del conde hacia afuera, tratando de leer el futuro en él como los augures leen el futuro en las estremecidas entrañas de las bestias sacrificadas. Le miró directamente a los ojos, buscando su alma.

«¿Cree usted que Europa ha intentado suicidarse?» dijo.

«Moralmente.»

«¿Sólo moralmente?» surgieron sus lentas palabras de bronce, tan fatales.

«Eso es suficiente,» sonrió.

«Desde luego,» dijo ella, con una lenta caída de sus párpados. Luego apartó la cara. Pero el conde Dionys sintió su corazón estrangulado. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué estaba pensando? Ella le llenaba de incertidumbre y de un misterioso temor.

«Por fin,» dijo Basil, «esas infernales armas están

calladas.»

«Para siempre,» dijo Dionys.

«Me gustaría poder creerle, conde,» dijo el Mayor.

La conversación tomó un giro más general — o más personal. Lady Beveridge preguntó a Dionys por su esposa y por su familia. No sabía nada excepto que se habían trasladado a Hungría en 1916, cuando su propia casa fue arrasada. Su esposa podría incluso haberse marchado a Bulgaria con el príncipe Bogorik. No lo sabía.

«¡Pero sus hijos, conde!» gritó Lady Beveridge.

«No sé nada de ellos. Probablemente estén en Hungría, con su abuela. Iré allá cuando regrese.»

«¿Pero nunca ha escrito? — ni preguntó por ellos?»

«No podía escribir. Pero pronto tendré noticia — de todo.»

«¿No tiene ningún hijo varón?»

«No. Dos chicas.»

«¡Pobrecitas!»

«Sí.»

«A propósito, ¿no es una cosa bastante rara tener una mariquita como blasón?» preguntó Basil, cambiando de conversación.

«¿Por qué rara? Carlomagno tenía abejas. Y es un Marienkäfer — un escarabajo. El escarabajo de Nuestra Señora. Creo que es un insecto totalmente heráldico, Mayor,» sonrió el conde.

«¿Está orgulloso de eso?» dijo Daphne, girando súbitamente otra vez hacia él, con su lenta, embarazosa mirada.

«Sí, lo estoy. Ya lo sabe. Tiene una larga genealogía — nuestro moteado escarabajo. Más larga incluso que la de los Psanek. Creo, ¿sabe?, que es un descendiente del



escarabajo egipcio, que es un emblema muy misterioso. De modo que me hallo relacionado con los faraones: gracias a mi mariquita.»

«Usted cree que su mariquita se ha arrastrado a través de muchas épocas,» dijo ella.

«¡Imagínese!» rió.

«El escarabajo es un insecto picante,» dijo Basil.

«¿Conoce Fabre?» intervino Lord Beveridge. «Viene a sugerir que el escarabajo, haciendo una pelota con una bolita de excremento, en un campo seco, debió de haber sugerido a los egipcios el Primer Principio que constituyó la esfera rodante. Y así el escarabajo se convirtió en el símbolo del principio creativo — o en algo parecido.»

«La idea de que la tierra es una diminuta pelota de excremento seco es genial,» dijo Basil.

«Entre las pinzas de una mariquita,» añadió Daphne.

«Eso es lo que es, remontándonos a los orígenes,» dijo Lady Beveridge.

«Tal vez querían dar a entender que era el principio de la descomposición el que dio pie a la idea de la bola rodante,» dijo el conde.

«La bola tendría que haber estado *allí* primero,» dijo Basil.

«Ciertamente. Pero no hubiera empezado a rodar. Por tanto, el principio de descomposición lo comenzó todo.» El conde sonrió como si se tratara de una broma.

«No soy egiptóloga,» dijo Lady Beveridge, «así que no puedo juzgar.»

El conde y la condesa Beveridge se marcharon al día siguiente. El conde Dionys quedó solo con los dos jóvenes en la casa. Era una hermosa mansión de estilo isabelino, no muy grande, pero con esas mágicas habitaciones que son

todas un centelleo de pequeñas ventanas con sus hojas de vidrio, asomando al exterior desde su oscuro y empanelado interior. Por dentro era acogedora, artesonada hasta el techo, moldeado y retocado en oro. Y luego el espléndido arco de ángulos rectos de la ventana con sus pequeños cristales alzándose con magia entre uno mismo y el mundo exterior, y en la cima una vidriera de un color exultante, el ancho asiento almohadillado junto a la ventana, de un descolorido color verde. Dionys rondaba por la casa como un pequeño fantasma, a través de una sucesión de pequeñas y grandes salas de estar centelleantes, por el largo, ancho pasillo con su amplia escalinata a cada extremo, y por las estrechas escaleras que conducían a los dormitorios superiores, y hasta el mismo tejado.

La primavera acababa de comenzar, y le gustaba sentarse en la azotea frontal de color gris pálida que tenía sus singulares asientos e inclinaciones, un pálido mundo en sí mismo. Entonces se quedaba mirando hacia el jardín y el césped inclinado que llegaba hasta el estanque cercado por los árboles, y más allá los olmos y surcos y límites del condado. En el lado izquierdo de la casa estaba la alquería, con montones de heno y un establo de techado estupendo con ganado de pelo rojo oscuro. Hacia la parte derecha, detrás del parque, surgía un pueblo entre los árboles, y el chispazo de una torre gris de iglesia.

Le gustaba estar solo, sintiendo su misteriosa alma con su propio destino. Hubiera estado sentado horas y horas mirando los olmos que se alzaban en hileras como gigantes, como guerreros atravesando el paisaje. El lord le había dicho que los romanos habían traído esos olmos a Gran Bretaña. Y creía ver aún el espíritu de los romanos en ellos. Sentado allí solo bajo el sol de la primavera, en la soledad de aquella

azotea, vislumbró el hechizo de esta Inglaterra de setos vivos y de olmos, y los campesinos con sus lentos caballos sembrando con máquinas la tierra, cruzando el pesado surco pardusco: y los tejados del pueblo, con el campanario de la iglesia alzándose junto a un gran tejo negro: y los campos cuadrados a lo lejos, en la distancia.

Y el encanto de las antiguas fincas de los alrededores, el jardín con sus paredes de piedra gris y setos vivos de tejos — amplios, amplios setos vivos de tejos y un pavo real allí posado brillando y lanzando un chillido en medio del activo silencio de una primavera inglesa, cuando las celedonias abren su abanico amarillo oculto bajo los setos, y las violetas permanecen en su secreto, y por los amplios senderos del jardín las hierbas de San Pablo mayor y azafranes varían el terciopelo y llamean, y pedacitos de alhelí de color amarillo se agolpan confusamente, con un maravilloso aire de triunfo, por entre las grietas del muro. Había también un redil no muy lejos, y podía escuchar el triple balido de los corderos, y el más profundo, contenido balido de las ovejas.

Esta era la casa de Daphne, en donde había nacido. Ella la amaba con dolorosa afección. Pero ahora se le hacía duro olvidar a sus hermanos muertos. Vagaba por el lugar bajo el sol, con dos viejos perros pegados a sus talones. Hablaba con todo el mundo — con el jardinero, con el mozo de caballos, con el mozo de cuadras, con los peones de la granja. Eso llenaba una buena parte de su vida — extraviarse por los alrededores hablando con los trabajadores. Todos ellos eran, claro está, respetuosos con ella — pero no la temían en absoluto. Sabían que era pobre, que no podía permitirse un coche, ni ninguna otra cosa. Así que todos le hablaban con total confianza: tal vez con demasiada

confianza. Aún así ella lo permitía. Era su gran pasión en Thoresway escuchar a los dependientes hablar y hablar — de cualquier cosa. El curioso sentimiento de intimidad a través de una brecha la fascinaba. Sus vidas la fascinaban: lo que pensaban, lo que sentían. Sobre todo, lo que sentían. Eso la fascinaba. Había un guardabosque a quien podía haber amado — un tipo descarado, de cara rojiza, risueño, insinuante; le hubiera podido amar, si no hubiera estado aislada tras la brecha de su nacimiento, de su cultura, de su consciencia. Su *conocimiento* parecía abrir un gran abismo entre ella y las clases bajas, las clases sin consciencia. Ella lo aceptó como parte de su destino. No podía ponerse realmente en contacto con nadie excepto con una superconsciencia, acabando por ser como ella misma: o como su marido. Su padre tenía algo de la cálida sangre inconsciente de las clases bajas. Pero era como un hombre condenado. Y el conde, por supuesto. El conde tenía algo que era cálido e invisible, una oscura llama de vida que podía calentar el blanco y frío fuego de su sangre. Pero—

Se evitaban el uno al otro. Los tres, se evitaban los unos a los otros. Basil, también salía solo de casa. O se sumergía en la poesía. Algunas veces él y el conde jugaban al billar. Algunas veces los tres iban a pasear al parque. Con frecuencia Basil y Daphne se acercaban andando hasta el pueblo, a correos. Pero en el fondo, se evitaban, los tres. Los días transcurrían.

Por la noche se sentaban juntos en la pequeña habitación oeste en la que había libros y un piano y confortable, viejo mobiliario forrado con un descolorido tapiz rosáceo: una habitación de aspecto pobre. Algunas veces Basil leía en voz alta: otras el conde tocaba el piano. Y hablaban. Y Daphne puntada a puntada continuaba bordando

un gran sobrecama, que bien podría llegar a terminar si viviera lo suficiente. Pero siempre se iban tarde a la cama. Casi siempre se andaban evitando entre sí.

Dionys tenía un cuarto de baño en la parte este — un largo camino desde las habitaciones de los otros. Tenía un hábito, cuando estaba completamente solo, el de cantar, o mejor dicho canturrear, para él mismo viejas canciones de su infancia. Sólo lo hacía cuando estaba seguro de estar solo: cuando los demás parecían haberse desvanecido, y el mundo entero parecía disolverse en la oscuridad, y no quedaba nadie más que él, su propia alma, viva en medio de su propia y diminuta noche, aislado para siempre. Entonces, medio consciente de ello, comenzaba a canturrear con una voz fina, aflautada, apretada, una especie de voz aguda de ensueño, canciones del dialecto de su niñez. Era un sonido curioso: el sonido de un hombre que está solo en su propia sangre: casi el sonido de un hombre que va a ser ejecutado.

Daphne escuchó el sonido una noche cuando bajaba otra vez las escaleras con la lamparilla de mano para ir a buscar un libro. Era una mala durmiente, y sus noches eran una tortura para ella. Ella, también, como una neurótica, estaba clavada dentro de su propia e inquieta autoconsciencia. Pero tenía un oído muy agudo. Así que se detuvo al escuchar la delgada voz del conde martilleando para sí mismo una canción. Se detuvo en mitad del amplio pasillo, que era amplio como una habitación, alfombrado con una descolorida alfombra lavándula, con una pieza de mobiliario sólida y oscura en un trecho de la pared, y una butaca de roble y a veces una alfombra Oriental descolorida, rojiza. El largo cuerno de luz que por las noches solía estar al final del pasillo lo sostenía en una mano. El intenso «piar» de la canción del conde, como por brujería, la hizo olvidarse de

todo. No podía entender ni una palabra, por supuesto. Luego de estar escuchando durante un largo rato, bajó las escaleras. Cuando regresó se había callado, y ya no había luz bajo su puerta.

A partir de entonces, casi se convirtió en una obsesión para ella escucharle. Aguardaba con inquieta impaciencia a que fueran las diez, hora a la que se retiraba. Aguardaba aún con más impaciencia a que la doncella la dejara sola, y a que su marido viniera y le diera las buenas noches. Basil tenía la habitación al otro lado del pasillo. Y luego con resentida impaciencia aguardaba a que los ruidos de la casa se extinguieran. Luego abría su puerta para escuchar.

Y de lejos, como surgida de una distancia invisible y muy, muy lejana, como la voz de un ventrílocuo o como el sonido misterioso de un murciélago, le llegó la débil, casi inaudible voz del conde cantando para sí mismo antes de acostarse. *Era* inaudible para cualquiera excepto para él mismo. Pero ella, a fuerza de concentrarse, parecía oírle de modo sobrenatural. Tenía junto a la puerta una butaca de baja altura, y allí, envuelta en un enorme, viejo y negro chal de seda, se sentaba a escuchar. Al principio no alcanzaba a oír. Es decir, podía oír el sonido. Pero sólo era eso, sonido. Y luego, gradualmente, gradualmente comenzó a seguir el hilo del sonido. Era como un hilo que ella seguía más allá del mundo: más allá del mundo. Y mientras duraba, lento, llegado de muy, muy lejos, tirando del hilo de la canción, Daphne conocía la paz — conocía el olvido. Hubiera podido llegar más allá del mundo, mucho más allá, en donde su alma se balanceaba como un pájaro en pleno vuelo, y todo era perfecto.

Así que allí estaba, con el espíritu en lo más alto.

Pero por dentro tenía un ansia, un ansia salvaje, de escapar, de entregarse. De escapar, de morirse, de cruzar el límite y escapar, escapar. De escapar de sí misma, de esa Daphne, escapar de su padre y de su madre, de sus hermanos y de su marido, y de casa y de la tierra y del mundo: escapar. Escapar a la llamada del más allá: la llamada. Era la llamada del conde. Le estaba llamando. Estaba segura de que le llamaba. Más allá de sí misma, más allá del mundo, él la llamaba.

En las dos noches siguientes Daphne se sentaba en su habitación, con la puerta abierta, y escuchaba. Luego cuando terminaba se iba a dormir: un extraño, ligero, embrujado sueño. Se sentía extraña y liviana, como si una fuerza removiera el aire alrededor de ella. Una fuerza que sujetaba toda la vida alrededor suyo. Nunca se había dado cuenta de ello hasta ahora; ahora esa fuerza actuaba, y sentía sus pies tan ligeros, y su respiración delicada y exquisita. Siempre había tenido esa fuerza contra su pecho. Ahora respiraba con delicadeza y exquisitez, de modo que era una verdadera delicia para su pecho. La vida llegaba en exquisitos hálitos, rápidamente, como si le causara placer llegar hasta ella.

La tercera noche permaneció silencioso — pese a ello esperó y esperó hasta las primeras horas del amanecer. El conde estuvo en silencio, no cantó. Y entonces Daphne conoció el terror y la negrura de un sentimiento: tal vez él no volvería a cantar nunca. Daphne aguardaba como los condenados, durante todo el día. Y cuando llegaba la noche temblaba. Era un terror nervioso, sublime, miedo a que el hechizo pudiera ser roto, y ella otra vez fuera lanzada a lo que era antes.

La noche llegó, y sintió una suerte de desmayo. Sí, y la llamada de la noche. ¡La llamada! Se levantó desamparada

y echó a correr por el pasillo. La luz estaba encendida bajo su puerta. Se sentó en la butaca de roble que estaba siempre junto a la puerta del conde, y se acurrucó completamente en su chal negro. El pasillo estaba sombrío a la luz del gran farol de luz amarilla tachonado de estrellas. Al fondo podía ver la luz de la lámpara de su habitación, pues había dejado la puerta entornada.

Pero no veía nada. Solamente se arrojó lo más que pudo en su chal negro, y quedó escuchando el sonido de la habitación. La llamada. ¡Oh, era su llamada! ¿Por qué no habría de acudir? ¿Por qué no podía atravesar la puerta cerrada?

Luego el sonido cesó. Y más tarde la luz se extinguió, bajo la puerta de su habitación. ¿Debía ella marcharse? ¿debía ella marcharse? Oh, imposible. Tan imposible como que la luna diera marcha atrás sobre sus pasos, una vez que ha salido. Daphne permaneció sentada, arropada en su chal negro. Si ello debía ser así, bien podía permanecer así sentada durante toda la eternidad. Nunca podría regresar.

Y entonces comenzó el más terrible canto de todos. Comenzó con un sonido bastante triste, lento, horrible, como de muerte. Y luego de repente dio paso a una llamada de verdad — aflautada, y a una especie de silbido y a un extraño ruido con altibajos, más imperativo, y completamente inhumano. Daphne se puso en pie. Y en el mismo momento en que se levantó el latido sibilante de una llamada surgió desde un gemido de muerte.

Daphne golpeó suave y rápidamente a la puerta. «¡Conde! ¡Conde!» susurró. Dentro el sonido cesó. La puerta se abrió súbitamente. La pálida, oscura figura de Dionys.



«¡Lady Daphne!» dijo aturrido, haciéndose automáticamente a un lado.

«Estaba llamando,» murmuró rápidamente Daphne, su mano apoyada en la puerta todavía.

«Cierre la puerta,» dijo ella bruscamente.

El hizo lo que se le ordenó. La habitación estaba completamente a oscuras. Afuera no había luna. Daphne no podía ver al conde.

«¿Dónde puedo sentarme?» dijo con brusquedad.

«La guiaré hasta el sofá,» le dijo, alargando la mano y tocándola en la oscuridad. Ella se estremeció.

Encontró el sofá y se sentó en él.

«¿Qué estaba cantando?» se apresuró a preguntar.

«Lo siento. No creía que nadie pudiera oírme.»

«¿Qué era si es que estaba cantando?»

«Una canción de mi país.»

«¿Tiene letra?»

«Sí, es una mujer que era un cisne, y que amaba a un cazador de los pantanos. Así que se convirtió en mujer y se casó con él y tuvo tres hijos. Luego una noche el rey de los cisnes la llamó para que regresara, o si no moriría. Así que lentamente volvió a convertirse en cisne, y lentamente abrió sus grandes, grandes alas, y dejó a su marido y a sus niños.»

La oscura habitación estaba en silencio. El conde se hallaba realmente asustado, asustado porque el ámbito de su canción había traspasado el umbral de la pura disposición de las convenciones humanas cotidianas. Se sentía afligido y embarazado por la presencia de Daphne en aquella habitación oscura. Ella, sin embargo, se sentó y no dijo palabra alguna. El también se sentó en una silla junto a la ventana. La oscuridad era total. El viento soplaba en ráfagas afuera. El conde no podía ver nada en la habitación:

solamente la débil franja de luz bajo la puerta. Pero podía sentir la presencia de Daphne en la oscuridad. Era incapaz, de sentirla cerca en la oscuridad, y de ver ningún signo de ella, ni oír ningún sonido.

El contacto diario con lo humano del conde la había dejado malherida en su hechizo. Pero ahora otra vez volvía a caer en el embrujo, allí sentada en la oscuridad. Y él, también, en medio del silencio, sintió que el mundo una vez más desaparecía de su vista, dejándole otra vez solo en un tierra lóbrega y oscura, con nada entre él y el negro espacio infinito. Excepto su presencia. La oscuridad respondiendo a la oscuridad, y la hondura respondiendo a la hondura. Una respuesta, cercana a él, e invisible.

Pero él no sabía qué hacer. Estaba sentado inmóvil y silencioso, inmóvil y silencioso como era. La oscuridad de la habitación parecía viva como la sangre. No tenía poder para moverse. La distancia entre ellos parecía absoluta.

Luego, de repente, sin darse cuenta de lo que hacía, cruzó la habitación a oscuras, y buscó a tientas los pies de la cama. Pero no la tocó. Ni ella se movió. La oscuridad fluía sobre ellos espesa como la sangre, y el tiempo parecía que se disolvía en ella. Estaban sentados con la pequeña, invisible distancia entre ellos, inmóviles, mudos, irreflexivos.

Luego, de repente, sintió que ella le tocaba el brazo con la punta de sus dedos, y se encendió en él una llama que le impidió seguir siendo un hombre. Era una cosa sentada y en llamas, en llamas inconscientes, sentado erguido, como la estatua egipcia de un Dios benigno. Daphne dejó caer las puntas de sus dedos, y ella misma se dejó caer en un extraño y silencioso ímpetu, y él sintió la cara de ella contra sus pies y tobillos que mantenía juntos, las manos de ella presionando sus tobillos. Sintió su frente y su pelo contra sus tobillos, su

cara contra sus pies, y se quedó así pegada contra él, como si debajo suyo tuviera el espacio. El permaneció erguido e inmóvil. Luego se inclinó hacia adelante y puso su mano en su pelo.

«¿Has venido a mí?» murmuró. «¿Has venido a mí?»

La llama que lo envolvía pareció sacudirle en silencio.

«¿Realmente has venido a mí?» repitió. «Pero no tenemos ningún sitio a donde ir.»

Sintió en sus desnudos pies las lágrimas de Daphne. Dos cosas luchaban dentro de él, la sensación de eterna soledad, como el espacio, y el ímpetu de esa oscura llama que habría de arrojarle fuera de esa soledad hasta ella.

También pensaba. Pensaba en el futuro. No tenía futuro en el mundo: de lo que era consciente. No tenía futuro en esta vida. Incluso si continuase viviendo, sólo sería una especie de rey de lo perdurable. Pero sentía que en la otra vida el patrimonio era suyo. Sintió que la otra vida le pertenecía.

El no podría darle a ella un futuro en el mundo. No tenía una vida que ofrecerle a ella en este mundo. Era mejor continuar solo. Seguramente era mejor continuar solo.

Pero y aquellas lágrimas en sus pies: ¡y aquella cara a la que habría de mirar cuando la abandonara! No, no. La próxima vida era suya. El era el dueño de su futura vida. ¿Por qué tener miedo de esta vida? ¿Por qué no tomar el alma que se le ofrecía? Para siempre jamás, para esa vida que habría de llegar cuando los dos estuvieran muertos. Llevarla al infierno. Llevarla al oscuro Hades con él, como Francesca y Paolo. Y en el infierno hacerla su leal reina de las tinieblas, y él rey de las tinieblas. Señor de la vida que estaba por venir. Padre del alma que habría de llegar.

«Escucha,» le dijo bajito. «Ahora eres mía. En la oscuridad me perteneces. Y cuando mueras serás mía. Pero durante el día no eres mía, porque yo no tengo poder durante el día. De noche, en la oscuridad, y en la muerte, tú eres mía. Y eso es para siempre. No importa que tenga que dejarte. Volveré de tiempo en tiempo. En la oscuridad eres mía. Pero durante el día no puedo reclamarte. De día no tengo poder, ni lugar. Así que recuérdalo. Cuando la oscuridad llegue, yo estaré siempre en tu oscuridad. Y mientras viva, de tanto en tanto vendré a buscarte, cuando sea capaz de ello, cuando no sea un prisionero. Pero pronto tendré que partir. Así que no lo olvides — tú eres la vida salvaje de la mariquita, mientras vivas e incluso cuando mueras.»

Más tarde, al volver a llevarla a su habitación, vio la puerta todavía entreabierta.

«No deberías dejar ninguna luz encendida en tu habitación,» murmuró.

Por la mañana había una curiosa y remota mirada en él. Estaba más silencioso que nunca, y parecía muy lejos de todo. Daphne durmió hasta tarde. Tenía una extraña sensación, como si se hubiera librado de todas sus inquietudes. Nunca volvería a preocuparse, ni a afligirse ni a corroerse por dentro. Estaba curada de todo eso. Sintió que podía dormir, dormir, dormir —para siempre. Su cara también reflejaba la calma, con un delicada aspecto de virginidad que nunca antes había tenido. Siempre había sido Afrodita, la tímida. Y sus ojos, ese espacio verde-azulado, habían sido como piedras preciosas reposadas y llenas de vida, resistentes. Ahora se habían abierto, habían brotado del capullo de la flor, y tenían el misterio, y la quietud de la noche silenciosa.

Basil en seguida se dio cuenta.

«Estás cambiada, Daphne,» dijo. «¿En qué piensas?»  
«No estaba pensando,» dijo, «mirándole con candor.»

«¿Entonces qué hacías?»

«¿Qué hace uno cuando no está pensando? No me confundas, Basil.»

«No, desde luego, lo siento.»

Pero era ella quien le había dejado confuso. El aguijón del estático amor que sentía por ella pareció abandonarle. Pese a todo, no supo qué hacer excepto hacerle el amor. Ella se puso muy pálida. Se sometió a él, inclinando la cabeza porque era su esposa. Pero le miró con miedo, con pena, con verdadero sufrimiento. El podía sentir la pesada respiración de ella, y supo que estaba llorando. Pero no había lágrimas en su rostro, sólo una palidez mortal. Sus ojos estaban secos.

«¿Te duele algo?» le preguntó.

«¡No! ¡no!» Abrió los ojos, temerosa de haberle podido molestar. No quería molestarle.

El estaba confundido. El amor estático y mortal que sentía por ella acababa de recibir un revés. Eso estaba fuera de todo cálculo.

Cuando se reunieron con el conde la observó. Entonces le pareció tan dócil — tan virginal — tan diferente de lo que él había visto siempre en ella. Estaba tan tranquila, como una joven virgen. Y era esa tranquilidad, intacta cualidad de la virginidad de ella, lo que más le confundía, confusión que afectaba tanto a sus emociones como a sus ideas. De pronto se sintió avergonzado de haberle hecho el amor. Y porque se sentía avergonzado, le dijo cuando estuvieron en la habitación:

«Daphne, ¿estás enamorada del conde?»

Basil estaba junto al tocador, incómodo. Daphne estaba sentada en una silla de baja altura al lado del fuego de leña débil y a punto de extinguirse. Ella le miró con sus grandes ojos tranquilos. Le miró sin decir una palabra, con sus grandes, suaves, dilatados ojos. ¿Qué era lo que le dejaba a Basil tan perplejo? El volvió su rostro a un lado, lejos de los grandes, suaves ojos de Daphne.

«Perdóname, cariño. No era mi intención preguntarte algo así. No le des importancia,» dijo Basil. Y a grandes pasos se apresuró a coger un libro. Ella bajó la cabeza y miró abstraída hacia el fuego, sin decir nada. Luego él la miró otra vez, a su brillante pelo que la doncella había trenzado para la noche. Su trenza colgaba sobre su suave bata rosácea. Viéndola allí sentada su corazón se ablandaba. Parecía su hermana. La excitación del deseo le había abandonado, y ahora creía ver con claridad y sentir de verdad por primera vez en su vida. Era para él como una querida y amada hermana. Pensó que era su hermana de sangre, más cerca de él de lo que hubiera imaginado que podía estar ninguna otra mujer. Tan cerca — tan querida — y todo el sexo y el deseo desaparecidos. Ya no los quería —ya no los quería tener. Aquél nuevo sentimiento era mucho más maravilloso.

Fue a donde ella.

«Perdóname, cariño,» dijo, «por haber dudado de ti.»

Ella le miró con sus grandes ojos, sin decir una palabra. El rostro de Basil era amable y bello. Las lágrimas afluyeron a los ojos de Daphne.

«Tienes derecho a dudar de mí,» dijo con tristeza.

«No,» dijo él. «No, cariño. No tengo derecho a hacerlo. ¡Daphne! ¡Daphne, cariño! Será como *tú* quieras, entre nosotros. ¿Lo será? ¿será como tú quieras?»

«Tú eres el marido, Basil,» dijo ella con tristeza.

«Sí, cariño. Pero» — se puso de rodillas junto a ella — «tal vez, niña mía, algo ha cambiado entre nosotros. Siento como si no debiera tocarte nunca más — como si no quisiera volver a tocarte — en ese sentido. Creo que fue una equivocación, cariño. Dime lo que piensas.»

«Basil, no te enfades conmigo.»

«No es enfado; es amor puro, cariño — eso es.»

«Vamos a no acercarnos el uno al otro más que esto, Basil — físicamente — ¿seremos capaces?» dijo ella. «Y no te enfades conmigo, ¿de acuerdo?»

«Bueno,» dijo él. «Creo que mi parte sexual ha sido una equivocación. Prefiero quererte — como te quiero ahora. Sé que esto es el verdadero amor. Lo otro no dejaba de ser algo así como un vano estímulo. Sé que te quiero, cariño: ahora estoy libre de mi otro yo. ¿Pero y qué sucederá si otra vez se apodera de mí, Daphne?»

«Yo soy tu esposa por siempre,» dijo ella tranquilamente. «Yo soy tu esposa por siempre. Siempre te obedeceré, Basil: lo que tú quieras.»

«Dame tu mano, querida.»

Ella le dio la mano. Pero la mirada de sus ojos le previno y le asustó. Le besó en la mano y la dejó.

Ella pertenecía al conde. Eso es lo que ella había decidido para sí en las interioridades de su alma. Si bien no podía casarse con él y ser su mujer en este mundo, ello sin embargo le había sucedido para siempre. No podía cuestionárselo. Toda duda se había disipado.

Era extraño lo diferente que se había vuelto — una nueva y extraña quietud. Los últimos días transcurrieron deprisa. Pronto se marcharía — Dionys: con su rostro quieto y remoto, el hombre a quien ella pertenecía en la oscuridad y en la luz, para siempre. El quería marcharse. Dijo que era

necesario. Y ella asintió. Era un dolor profundo, profundo en su interior. El debía irse. Sus vidas no podían ser una sola vida, en el presente de este mundo. A pesar de su angustia sabía que era así. Sabía que él tenía razón. El era a sus ojos infalible. El hablaba a lo más profundo de su alma.

Ella nunca lo *vio* como un amante. Cuando lo conoció, era un oficial bajito, un prisionero, silencioso, que no reclamaba nada al mundo. Y cuando ella acudió a él como amante, como esposa, todo era oscuridad. Sólo conocía su voz y su contacto en la oscuridad. «Mi esposa de las tinieblas,» le había dicho. E incluso también en eso ella le creía. Ella nunca le hubiera contradicho, no, no por nada en el mundo: por miedo a que si le contradecía pudiera perder los oscuros tesoros de quietud y éxtasis que ella llevaba en su pecho incluso cuando su corazón se hallaba acongojado con la agonía de la inminente partida.

No, había encontrado esa dicha maravillosa luego de que le oyera cantar: había sido bruscamente arrojada de sí misma a aquella oscuridad, a aquella paz, a aquella quietud que era como un gran río oscuro fluyendo eternamente en su alma. Se había ido a dormir desde la *nuit blanche* de sus días. Y Basil, maravilloso, había cambiado casi al instante. Ella temía, que tal vez volviera otra vez a ser el de antes. Siempre tendría ese temor. Pero en su fuero interno sólo temía por el amor que sentía hacia el conde: ese oscuro, eterno amor que era como un gran río fluyendo dentro de sí. Ah, no dejaría que ese amor se viniera abajo.

Así pues ella tenía la tranquilidad de espíritu. Podía sentarse tan tranquila, y sentir cómo el día, plácido, exquisito, se transformaba en noche. Y no deseaba nada, no le hacía falta nada. ¡Si únicamente Dionys no tuviera que irse! ¡si únicamente no tuviera que irse!



Pero él le dijo, la última mañana:

«No me olvides. Recuérdame siempre. Dejo mi alma en tus manos y en tu pecho. Nunca nada podrá separarnos, a menos que nos traicionemos. Si tienes que entregarte a tu marido, hazlo, y obedécele. Si eres verdaderamente mía, interiormente, interiormente de verdad, él no podrá herirnos. El es generoso, sé generosa con él. Y nunca dejes de creer en mí. Porque incluso al otro lado de la muerte estaré aguardándote. Seré el rey del Hades cuando muera. Y tú estarás a mi lado. Nunca más volverás a dejarme, más allá de la muerte. Así que no temas en vida. No tengas miedo. Si tienes que llorar a gritos, hazlo. Pero en el fondo de tu corazón no olvides que volveré, y que te llevaré conmigo para siempre. De modo que, en el fondo de tu corazón tienes que permanecer tranquila, tranquila, puesto que eres la esposa de la mariquita.» Rió mientras se iba, con su bella y audaz risa. Pero unos ojos extraños le miraban por detrás.

Fue en el coche con Basil de regreso a Voynich Hall.

«Creo que Daphne le va a perder,» dijo Basil.

El conde no respondió durante algunos momentos.

«Bueno, si así fuera,» dijo, «no habrá amargura en ello.»

«¿Está seguro?» sonrió Basil.

«Ah — ¿de qué podemos estar seguros?» sonrió el conde.

«Ha cambiado, ¿no cree?»

«¿De veras?»

«Sí, ha cambiado completamente desde que usted vino, conde.»

«Para mí no es tan distinta de la jovencita de diecisiete años que conocí.»

«No — tal vez no. Entonces no la conocía. Pero es

muy diferente de la esposa que conocí.»

«¿Le causa pesar ese cambio?»

«Bueno — no, no por lo que concierne a ella. Por dentro es mucho más tranquila. ¿Sabe, conde? Algo de mí murió en la guerra. Creo que me llevaría una eternidad sentarme y pensar acerca de todo ello.»

«Espero que dé con una respuesta que le satisfaga, Mayor.»

«Sí, yo también lo espero. Pero así es como me ha dejado —sintiendo como si me hiciera falta un poco de eternidad para meditar sobre ello, ya sabe. Sin la necesidad de actuar — o incluso de amar, realmente. Supongo que amor es acción.»

«Intensa acción,» dijo el conde.

«También tranquilidad. Sé realmente cómo me siento. Sólo pido a la vida que me dispense de realizar cualquier tipo de acción — incluido el amor. Y luego realizarme plenamente, meditando hasta el fin de la eternidad. Por supuesto, no me preocupa el *trabajo*, la acción mecánica. Que en sí misma es una forma de inacción.

«Un hombre sólo puede ser feliz si responde a su más íntima llamada interior,» dijo el conde.

«¡Exactamente!» dijo Basil. «No hablaré autoritariamente por nadie, ni si quiera por mí mismo. Viviré mi vida —»

«Entonces vivirá feliz en su propio camino. Encuentro tan difícil resistirme a emplear esa autoridad incluso conmigo mismo,» dijo el conde. «Sólo de pensar en la muerte y en la otra vida me guardan de seguir haciéndolo.»

«Como a mí me ayuda pensar en la eternidad,» dijo Basil. «Supongo que equivale a lo mismo.»

**FIN**